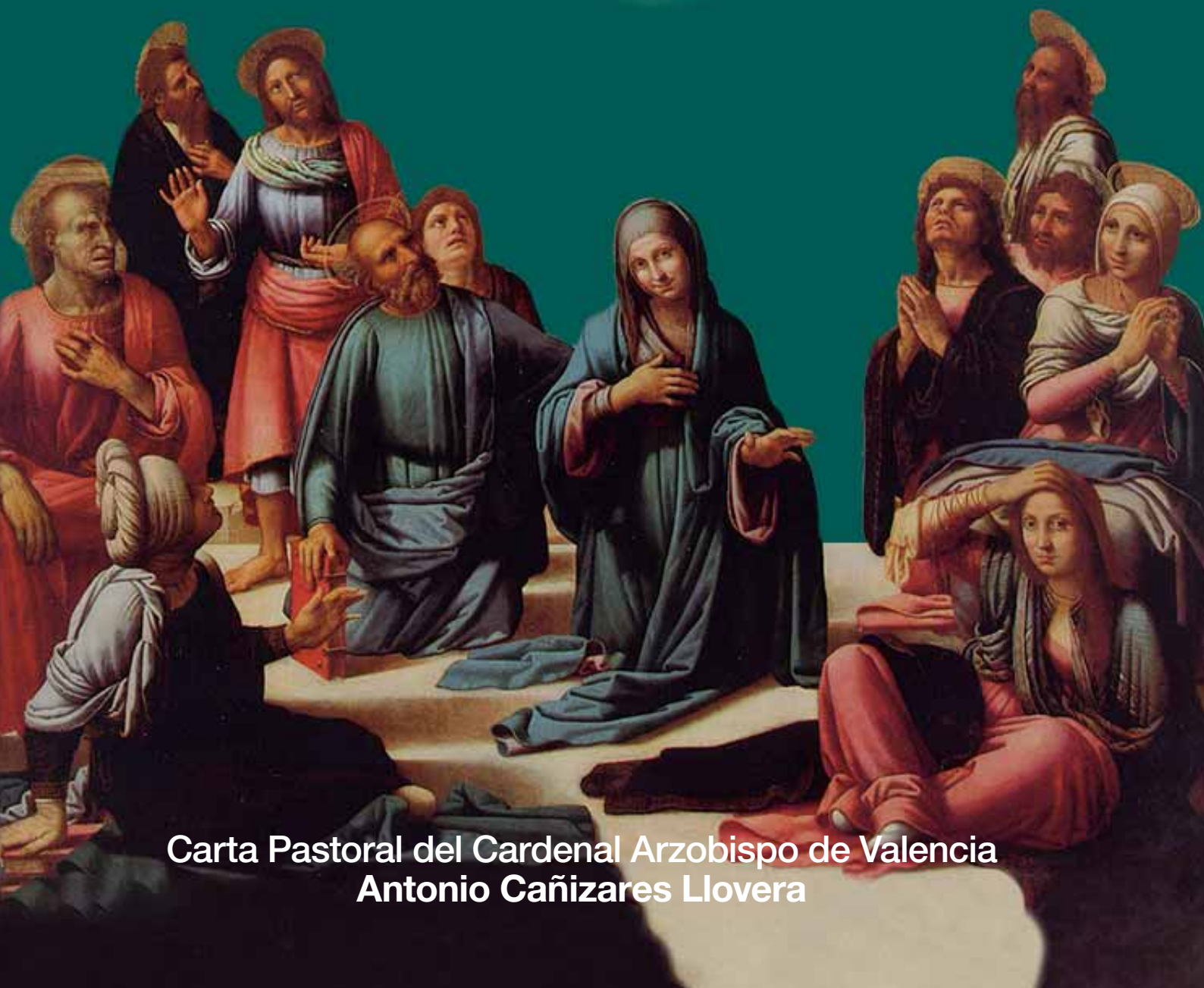


¡LEVANTAOS, VAMOS!



Carta Pastoral del Cardenal Arzobispo de Valencia
Antonio Cañizares Llovera

¡LEVANTAOS, VAMOS!

Carta Pastoral del Cardenal Arzobispo de Valencia
Antonio Cañizares Llovera
al comenzar el Curso Pastoral 2019-2020

En un año de preparación, convocatoria y celebración de un nuevo Sínodo diocesano, de preparación de un nuevo Año Jubilar quinquenal Eucarístico, de un mes misionero convocado por el Papa.

Un año para la participación en el Congreso Nacional de Laicos y Apostolado Seglar, y de preparación de una nueva Jornada Mundial de Jóvenes en Lisboa.

© Arzobispado de Valencia, 2019

Edita:

Arzobispado de Valencia

Diseño y producción gráfica:

Medianil Comunicación

www.medianil.com

Portada:

Pentecostés. Hernando de Llanos (S.XVI).

Catedral de Valencia. Retablo Mayor.

SUMARIO

- 05 PRIMERA PARTE**
Introducción

- 08 SEGUNDA PARTE**
Reflexiones y retos pastorales
en el curso 2019-2020

- 44 TERCERA PARTE**
Algunas orientaciones concretas
para nuestra actuación en un nuevo curso

- 93 CUARTA PARTE**
El Sínodo diocesano

- 95** Oración por el Sínodo

**CARTA PASTORAL DEL
ARZOBISPO DE VALENCIA
A LA DIÓCESIS
DE VALENCIA EN UN
AÑO DE PREPARACIÓN,
CONVOCATORIA Y
CELEBRACIÓN...**

PRIMERA PARTE. INTRODUCCIÓN

1. “¡Levantaos, vamos!”, queridos hermanos y hermanas en el Señor. Con estas palabras de Jesús a sus Apóstoles, antes de su pasión después de su última Cena con ellos, os exhorto ahora como pastor y servidor de todos vosotros a comenzar un nuevo curso que va a ser o se presenta particularmente intenso en llamadas del Señor a toda nuestra diócesis a través de diversas convocatorias que no deberían asustarnos ni darnos miedo por su diversidad, complejidad y trabajo que suponen, ni por las respuestas que de nosotros solicitan y esperan. Dios ha querido o permitido esta coincidencia —Él sabrá por qué— y con su ayuda podremos salir adelante y llevarlas a cabo por su Gracia. Es verdad que es mucho y diverso para el nuevo curso que vamos a comenzar en el Nombre del Señor, pero hay una unidad entre ellas que favorecerá su realización sin agobios ni agotamientos y, además, merecen algún esfuerzo, nuestro esfuerzo, porque entrañan y abren caminos de esperanza en nuestra diócesis.

2. Antes de proseguir con esta Carta, permitidme deciros que estoy ya mucho mejor, y me siento recuperado y dispuesto a reemprender el camino que tuve que suspender por una hospitalización de varios días y la recuperación en Sinarcas, mi pueblo de adopción, con mi familia, subsiguiente después del viaje misionero-apostólico a los misioneros valencianos en diversos países de Hispanoamérica: Chile: Santiago y Copiapó (los de Copiapó piden al menos otros dos sacerdotes y a quienes —religiosas o laicos— puedan ser enviados y estén dispuestos); Perú: Lima, El Callao, Vicariato

Apostólico de Requena; Ecuador: Portoviejo, Guayaquil. Agradezco muchísimo vuestro interés por el viaje y por mi salud, y, sobre todo, vuestra oración y vuestros signos de comunión conmigo. ¡Gracias, muchísimas gracias! Que Dios pague vuestra solicitud, vuestro afecto, vuestra comunión y plegaria, que Dios os pague. Los días de la visita pastoral a los misioneros valencianos fueron una verdadera gracia de Dios, en los que pude apreciar lo mucho y bueno que están realizando en los sitios de misión, por la gran, fecunda y esperanzadora estela de Evangelio que han dejado y están dejando nuestros misioneros a lo largo de años en aquellas tierras y en el servicio de la Iglesia y de aquellas gentes, y por lo mucho que he aprendido en aquellos lugares, escuchando la llamada de Dios, en conocimiento de aquellas iglesias, de las necesidades tan grandes que tienen y apremian a todos nosotros que estamos en Valencia. He palpado que aquellas gentes son ricas en todas las pobreza y que piden, sobre todo, a Dios, a Jesucristo, y que esperan de la Iglesia la ayuda a sus familias que están tan deterioradas y desvertebradas. He escuchado el grito que nos llega desde allí: “¡Venid, ayudadnos!”. He tenido la oportunidad de visitar el Vicariato Apostólico de Requena (el de san José no pude visitarlo, aunque estuve con su Obispo en Lima); las comunicaciones, todas en barco por el río Amazonas o el Marañón, sitio nada fácil, duro, propenso a inundaciones en alguna época del año, la de las lluvias, con mucho calor, bello, con el gran problema de la soledad y de la incomunicación, y con gentes que agradecen enormemente la labor misionera. Piden sacerdotes, al menos dos, religiosas

sobre todo para la catequesis y la formación; laicos para la enseñanza, la formación de profesores, atención médica y de enfermería; todas las ayudas que les lleguen, incluida la económica, serán bien recibidas. Hay que ayudarles y pido a todos que lo hagamos de miles maneras: con la oración, con nuestra presencia colaboradora, con ayudas materiales... Dios nos ha puesto, ha puesto a la diócesis en su camino, estos Vicariatos Apostólicos, y hemos de ver cómo les ayudamos. Algo quiere Él de nosotros y nos pide y reclama de nuestra generosidad. Claro está que la ayuda a los Vicariatos no debería aminorar la ayuda a los otros lugares y hermanos misioneros, que ya está prestando ayuda misionera la diócesis de Valencia: he quedado admirado, por ejemplo, y doy gracia a Dios y a ello, de lo que han hecho en Copiapó o de la obra evangelizadora, misionera, en Lima y Puerto Viejo. He venido muy contento de aquellas tierras, aunque con un cansancio-agotamiento muy grande que obligó mi hospitalización, don de Dios también porque me ha enseñado muy concretamente que somos débiles, que nuestra fortaleza viene de Dios, que sin Él nada somos ni podemos, que también a los Obispos nos obliga el 5º mandamiento de Dios —cuidar de la salud— y que es muy hermoso ver realizado en uno mismo aquello que dijo san Pablo: “Me gastaré y me desgastaré...”, “para mí la vida es Cristo y una ganancia dar la vida”. Todo es don de Dios.

SEGUNDA PARTE. REFLEXIONES Y RETOS PASTORALES EN EL CURSO 2019-2020

3. Volvamos al motivo particular de esta Carta. Comparto también con vosotros en el mismo tono familiar que estoy usando y con la misma confianza con que me comunico con vosotros, que el próximo curso 2020-2021, recibiremos de Dios y de Iglesia el celebrar, como cada cinco años, de nuevo, un Año Jubilar Eucarístico. La Eucaristía es el centro de la Iglesia, su fuente, lo principal en ella y en todos los que la formamos, lo más importante para ella y para toda la humanidad. Este año será una ocasión para profundizar nuestra fe en este Misterio de la fe y vivirla con toda densidad y centralidad en nuestras vidas. Ahí, en la Eucaristía está todo, sin la Eucaristía no va la Iglesia, ni nosotros, ni la humanidad entera. Alcanzar la conciencia del pueblo de Dios es fundamental. Este Año Jubilar quinquenal Eucarístico, para el que nos vamos a preparar, será ocasión para “mejorar” la eucaristía dominical, potenciar la adoración eucarística, formar al Pueblo Dios en el conocimiento de la verdad del “misterio de nuestra fe”, en las exigencias de caridad que de ahí brotan y celebrar y descubrir el gran significado de los milagros eucarísticos en los distintos lugares donde acaecieron: Llutxent, Almàssera, Alboraya, Silla, Alcoi... En estos lugares privilegiados, este Año se celebrará con especial solemnidad y se fomentará en ellos la peregrinación a estos lugares así santificados y así destacados por el amor de Dios.

4. El curso pasado también vivimos otros acontecimientos de gracia que ahora recuerdo y que son hitos o señales por los que Dios nos está indicando nuestro camino. Destaco, en primer lugar, las jornadas y días dedicados a los que hemos llamado de "reencuentro sacerdotal" para fortalecer y animar a nuestro presbiterio; Dios nos ha guiado e inspirado importantes reflexiones y conclusiones que habrá que concretar aún más, pero que son muy ricas para un futuro cargado de esperanza y para conducirnos a todos por sendas de misión y nueva evangelización.

Muy unido a esto podemos considerar la aplicación del Nuevo Plan de formación sacerdotal, que hemos comenzado junto al Seminario Mayor con el Curso Propedéutico al que podemos valorar altamente satisfactorio. La Conferencia Episcopal, por su parte, aprobó el curso pasado el Plan Nacional de formación sacerdotal que habremos de hacer nuestro y aplicarlo en nuestra diócesis, en los Seminarios Mayor de la Inmaculada y en el Menor, en los Colegios de Formación sacerdotal de santo Tomás de Villanueva y del Patriarca: su conjunto, como me dijo el papa Francisco nos marcan las líneas para un proyecto o plan pastoral diocesano: evangelización, predicación, estudio de la Sagrada Escritura, centralidad de la Eucaristía, atención prioritaria a los pobres y la caridad, atención a las misiones, inserción plena en el ámbito cultural, y particularmente, la formación y atención a los sacerdotes para evangelizar y "hacer cristianos", para vivir la fraternidad sacerdotal sacramental que somos como Presbiterio diocesano. Unido a este tema sacerdotal nos encontramos con el gran tema, urgentísimo tema, de la pastoral vocacional.

5. Evangelizar y hacer cristianos, durante el curso pasado, han sido objetivos principales a tener en cuenta en nuestra diócesis y algún paso se ha dado a través de diversos medios, intentando llevar a cabo el Proyecto diocesano de Pastoral que probamos en la Asamblea diocesana pasada. No obstante, este es el quehacer de la Iglesia de siempre, su dicha e identidad más profunda: evangelizar, hacer discípulos de Cristo, esto es, "hacer cristianos". Evangelización e iniciación cristiana constituyen cometidos específicos, siempre actuales y actualizados.

Precisamente, en la última reunión de los Obispos de la Provincia Eclesiástica aprobamos un documento con orientaciones y directrices para la iniciación cristiana que cada una de las diócesis debe hacer suyo y publicar un documento con orientaciones y directrices para la renovación de la pastoral de iniciación cristiana, con el fortalecimiento y mejoramiento de la catequesis en todas las edades y la implantación del catecumenado, con la atención a los catequistas en esta clave de "iniciación cristiana o de hacer verdaderos y auténticos cristianos adultos en la fe", en fidelidad a los sacramentos de iniciación recibidos o por recibir y a sus exigencias propias.

En esta reunión de la Provincia Eclesiástica en Ibiza aprobamos también otro documento referente a las exequias, que es un momento importante para evangelizar.

6. Necesitamos, como el agua en tierra reseca, contar con cristianos convertidos y bien formados, gozosos de serlo que viven la fe, confesantes públicamente, evangelizadores y testigos en la vida familiar, personal, social, profesional,

cultural y política. Hombres y mujeres nuevos que viven su vida con una mentalidad y un estilo nuevo de vivir: el de Jesús, el de las bienaventuranzas y en la encarnación de la caridad de Cristo en todas sus dimensiones para cambiar el mundo.

7. Debo decir, en esta carta al comenzar el nuevo curso pastoral, que nos encontramos en una situación, de la que tantas veces os he hablado, nada fácil para la fe. Es preciso ser conscientes, sin ningún alarmismo, de que nos encontramos, incluso entre cristianos nominales, ante un ambiente muy generalizado en el que Dios no cuenta, dominado por poderes ocultos e invisibles, laicistas, secularizados y secularizadores, en el fondo infernales, que se presentan como el nuevo orden mundial de futuro, que ponen en crisis las verdaderas democracias, en que interesa sobre todo el poder, el dinero, intereses muchas veces bastardos, que difunden una cultura de muerte y de poshumanismo, de relativismo, de deshumanización, de no reconocimiento de la verdad de Dios y del hombre, contrarios a ella en el fondo, y de no reconocimiento tampoco de valores fundamentales y de derechos básicos y universales inscritos por Dios Creador y Redentor en la naturaleza y gramática del hombre que niegan. Detrás de todo ello, como rondando a quien devorar, no lo olvidemos, se encuentra el diablo, que no es un elemento simbólico sino real y concreto, enemigo y antagonista radical de Dios y del hombre al que hay que combatir y vencer con fe, oración, ayuno y con la ayuda de san Miguel Arcángel, para abrir paso a una nueva civilización del amor en la que se reconozca a Dios, se defienda al hombre, inseparable de

Quien es Camino, Verdad y Vida, el único Nombre que se nos ha dado para la salvación, puerta abierta para acceder a la salvación, Jesucristo, que tiene palabras de vida eterna, a Quien poderes mencionados no reconocen y tratan de destruir desde el principio y ahora con nuevas ideologías.

Esta situación asimilada y vivida, más de lo que parece por muchos cristianos frágiles en la fe, conduce a muchos de ellos a una apostasía silenciosa, de la que hablaba san Juan Pablo II, y de indiferencia, a la que tan frecuentemente se refiere el papa Francisco. Un mundo sin Dios revelado en Jesucristo, sin Jesucristo, va camino de su destrucción, sin rumbo y sin futuro, cosa que la Iglesia, madre y maestra, purificada y santa, renovada en sus entrañas más profundas debe salir al paso para ofrecer todo el amor que de Jesucristo y de su Espíritu Santo recibe procedente de Dios Padre; esta querida Iglesia, madre que acoge a todos como hogar, está necesitada de renovación y purificación, como señaló ya el Concilio Vaticano II, fielmente interpretado por los Papas posteriores a él —san Pablo VI, Juan Pablo I, san Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco—, y que nosotros, en Valencia, tratamos de asimilar y llevar a cabo en el Sínodo diocesano anterior al anunciado ahora y que deberíamos tener más en cuenta en estos precisos momentos.

8. Esto se trasluce en el mundo tan importante y decisivo del ámbito educativo, escolar, universitario que quisieran los mencionados poderes dominar. Es un hecho incontrovertible cómo se está cercenando este ámbito de la educación que nos está llevando a una verdadera emergencia educativa en

la que a los cristianos se nos está exigiendo la exquisita y decidida defensa de la libertad de enseñanza, como venimos haciendo, de manera particular, en el curso pasado. La lucha en el campo de la educación es fundamentalísima y tiene que ver con la gran llamada que escuchamos proveniente del Espíritu Santo: actuar con toda libertad, firmeza y buen criterio en el campo de la educación es tarea primordial de la Iglesia diocesana, que está obligada por poseer sesenta y nueve centros propios escolares, por el deber y derecho de tener que impartir la enseñanza de la religión y moral católica en centros públicos o estatales y en los privados o de iniciativa social. Este es uno de los temas que deberemos tomarnos muy en serio, de él depende mucho el futuro de la sociedad y de la Iglesia. En él debemos estar, con él hemos de trabajar para la defensa y humanización del hombre. En este campo educativo y escolar habremos de prestar una atención especial a la educación de la sexualidad y a la ideología de género, porque según todos los indicios y noticias se nos quiere imponer a los centros escolares y aun a las familias, unas determinadas normas y prescripciones legislativas que van contra el hombre y su dignidad y la familia, y la sociedad misma.

9. Al lado mismo e inseparable de este tema de la educación hay que tener muy en cuenta el ámbito universitario: Valencia es muy rica y pujante en el ámbito universitario; son varios cientos de miles de alumnos universitarios, la inmensa mayoría jóvenes, quienes frecuentan las diversas universidades de Valencia, servidas por un número importante de profesores a los que hemos de atender como también a los alumnos y no lo estamos haciendo en la mayoría de ellas. Esta es una

gravísima cuestión que no admite demora si queremos —y Dios quiere— que Valencia sea una diócesis evangelizada y evangelizadora. Contamos con una Universidad propia Católica, san Vicente Mártir, y otra, también de la Iglesia, Cardenal Herrera, de inspiración cristiana de la Asociación Católica de Propagandistas, de la Fundación san Pablo-CEU que han de jugar un papel muy importante en la Evangelización de la cultura, tan importante como señalan los últimos Papas.

10. El tema universitario me hace pensar, de inmediato, en el mundo de los jóvenes tan urgente y apremiante para una Iglesia evangelizadora y maestra, tan clave por sí mismo para el futuro de la sociedad y de la humanidad del futuro. Tenemos por responsabilidad, deber e identidad estar más en este campo. Se han celebrado dos Sínodos de los obispos de todo el mundo sobre los jóvenes, su evangelización, su formación y planteamiento vocacional. Se ha celebrado el pasado curso la Jornada Mundial de la Juventud en Panamá. Dentro de dos años se va a celebrar otra Jornada Mundial de la Juventud en Lisboa —en la península ibérica—, no lo olvidemos. El papa Francisco ha publicado el pasado curso una Exhortación Apostólica postsinodal sobre los jóvenes, que habremos de aplicar en Valencia: todo ello nos obliga a tomarnos muy en serio, con sentido de máxima responsabilidad y prioritariamente, la pastoral evangelizadora con los jóvenes, su atención pastoral y la pastoral vocacional y educativa de ellos, que son realidad presente de Dios y de la Iglesia, no solo futuro, en expresión feliz y muy acertada del papa Francisco.

11. Sería un olvido lamentable que tiene, además, muchísimo que ver, casi todo, con la educación, la escuela, la universidad, los jóvenes y su formación y evangelización que es la familia. Es nuclear, por eso habrá que plantear con toda claridad y verdad el tema de la pastoral de las familias, con las familias, y para acompañar y ayudar a las familias en todo lo que entrañan, como han hecho los últimos Papas; el papa Francisco, sobre todo en su magnífica Exhortación Apostólica postsinodal *Amoris laetitia* y en otros documentos e intervenciones suyas, o el papa Benedicto XVI en sus múltiples aportaciones sobre la familia o san Juan Pablo II, particularmente en *Familiaris Consortio*, Carta sobre las familias, en el Año Mundial de la Familia, y en su abundantísimo y riquísimo magisterio sobre la familia.

12. La situación descrita, los signos de Dios y de la presencia de Jesucristo en medio nuestro, o lo que podemos interpretar como signos suyos y de los tiempos en cuanto venimos diciendo, las llamadas o lo que el Espíritu Santo está diciendo a la Iglesia, en general, y, en particular a nuestra diócesis, nos abren ante nosotros tres grandes perspectivas, inseparables entre sí, de actuación y de vida que no deberíamos omitir en el próximo Sínodo diocesano que pronto comenzaremos, sino tenerlas muy en cuenta y hacerlas objeto de estudio, reflexión, concreción y aplicación : a) centrar nuestra vida y nuestra acción pastoral en Dios como lo único necesario, b) evangelizar de nuevo y “hacer” cristianos, como en los primeros tiempos, y c) ofrecer el testimonio de la caridad. Que los hombres conozcan a Dios Padre y a su Hijo Jesucristo,

enviado por Él desde su seno a nosotros, porque ahí es donde está la vida eterna; que los hombres se conviertan y crean, que se abran y acojan a Dios; que conozcamos y nos abramos al don de Dios anteponiéndolo a todo, que busquemos todos por encima de cualquier otra cosa a Dios y su Reino, y que lo anunciemos y demos testimonio de Él, que lo puedan palpar en el amor de sus testigos: ahí es donde está nuestro futuro y donde debería centrarse nuestro próximo Sínodo.

Llamados a ocuparnos ante todo de Dios

Los signos antes señalados directa o indirectamente nos remiten a la cuestión principal, a lo más importante, nos remiten a Dios y a su amor. Dios es el único asunto central y definitivo para el hombre, para la sociedad y para la Iglesia. Por eso, el papa san Pablo VI definió el ateísmo como el drama y el problema más grave de nuestro tiempo. Sin duda, lo es. El silencio de Dios o el abandono de Dios o el olvido de Dios. Se trata del don mismo de Dios, Creador y Redentor, revelado y dado por pura gracia, amor y misericordia en su Hijo, Jesucristo, es con mucho el acontecimiento fundamental en estos tiempos de indigencia en Occidente. No hay otro que pueda comparársele en radicalidad y en lo vasto de sus consecuencias deshumanizadoras, ni siquiera la pérdida del sentido moral.

13. Por eso, estamos llamados a ocuparnos ante todo de Dios. Conocer, amar y dar a conocer el don de Dios es el gran y primer desafío para nosotros, en la diócesis de Valencia, en el Sínodo, hoy. Nada hay más decisivo que hablar a Dios y de Él. Se trata del don mismo de Dios, del que el mismo

Jesús habla a la mujer Samaritana. Si el mundo conociese a Dios, si conociese su don, todo sería distinto. Por eso, el gran desafío hoy para los cristianos, de manera concreta para los que formamos esta diócesis de Valencia, a los que hablo, es conocer, amar y dar a conocer el “don de Dios”, Dios mismo. Este es el reto para nosotros, los cristianos: que los hombres entiendan y vivan la vida con Dios, desde “el don de Dios”, inmersos en Él, y con esperanza, esperanza en la vida eterna. Y para ello necesitamos hablar de Dios, y, previa y simultáneamente, hablar a Dios. Nada hay tan urgente. Ningún asunto es tan central y decisivo. En medio del silencio de Dios que nos envuelve —de tan graves consecuencias— no podemos menos que hacer resonar “a tiempo y a destiempo”, públicamente, la palabra sobre “Dios” y hablarle a Él. Hablar a Dios y de Dios en tiempos de silencio tan denso sobre Dios, es la tarea siempre pendiente que nos atormenta como pastores. Por más difícil que sea encontrar el nuevo lenguaje de la fe, no podemos seguir aquella recomendación de un insigne escritor para tiempos de secularización consumada: callar, y trabajar por la justicia. Es preciso hablar de Él; hablar de Él para darle gloria; hablar de Él desde la contemplación de su rostro, desde la adoración y desde la plegaria, desde la escucha de Él y dejándole ser Dios.

Ocuparnos ante todo de Dios y cultivar la experiencia teologal

14. Todo esto está exigiendo que nuestra pastoral se ocupe ante todo de Dios y cultive la experiencia teologal, la experiencia orante, la experiencia de la fe. Necesitamos una

pastoral, en efecto, que sitúe a Dios, su gracia, su amor y su juicio, en el centro. Una pastoral que hable y dé testimonio de Él para darle gloria. Aun con ser tantas y tan grandes las urgencias de transformación de nuestro mundo, en un mundo más humano y habitable, no podemos abusar de esta urgencia sin mostrar al “solo Dios”, en expresión querida y reiterada del hermano Rafael, o del cardenal Sarah, y de tantos otros. Nuestra pastoral ha de ocuparse ante todo de Dios. Hace falta una fuerte dosis de teocentrismo y superar ciertas pastorales más antropocéntricas y secularizadoras. Por mucho que nos esforcemos en presentar las exigencias éticas, sociales o políticas para la vida desde el Evangelio, este Evangelio no se vive correcta y concretamente si el corazón no descubre a Quien es el origen primero: Dios Padre y su Hijo Jesucristo por su Espíritu Santo, Señor y Dador de vida. Nuestra acción pastoral ha de ayudar a descubrir, afirmar, reconocer y confesar al “solo Dios” que el Hijo Unigénito nos ha revelado. Es necesario recentrar la vida de los cristianos en lo teologal y trinitario. Es necesario revalorizar para los fieles nuestra condición de creyentes en el solo Dios y Padre, cuyo camino de acceso y encuentro, por el Espíritu Santo, no es otro que Jesucristo, fuente de toda sabiduría de Dios.

El mundo necesita que le hablemos de Dios.

¿Cómo hacerlo?

15. El mundo, el hombre de nuestros días, todo hombre, necesita que le hablemos de Dios; el creyente necesita proclamarle con sus labios: ¿Cómo hacerlo? ¿Cuál puede ser nuestra habla sobre Dios en esta situación de ocultamiento y

silencio? ¿Cómo hemos de hablar, en concreto, los cristianos de Dios? Aunque parezca una perogrullada, es preciso que hablemos de Dios, sencillamente del Dios vivo, de Dios como Dios, como lo único necesario. Del Dios de la Biblia, del Dios revelado en Jesucristo, al que nos ha mostrado al enseñarnos a orar, diciéndole: “Padre nuestro”, “santificado” sea tu Nombre, “hágase tu voluntad” en la tierra “como en el cielo”, “danos hoy tu Pan de cada día”, “perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos” a quienes nos ofenden, “no nos dejes caer en tentación” mas “líbranos del Mal”. En el Padre Nuestro está todo el sentido de lo que estamos diciendo. Aprender y enseñar a decir con verdad, como hijos en comunión con su Hijo, el Padre Nuestro, es clave siempre y singularmente en los tiempos que vivimos en actitud de confianza plena, ante el “Padre nuestro”, de todos, que nos hace hermanos, para darle gloria, sea santificado, que implante su Reinado y se haga todo conforme a su voluntad, conforme a su Hijo que ha venido a cumplir en todo su voluntad, con plena confianza, que nos dé el Pan cotidiano que necesitamos para vivir, Jesucristo, que nos perdone como también perdonamos para vivir en comunidad reconciliada y reconciliadora, en la paz, y no nos deje caer en tentación y nos libre del mal porque solo Él es capaz de hacerlo y vencerlo. Es Dios quien tiene la iniciativa, quien actúa, es el don que se nos ha dado y se nos da —en Jesucristo para ser hombres cabales— en esta oración que el Señor nos enseñó y en la que lo tenemos todo: el Credo, los Mandamientos, el estilo de vida nuevo que se rige por la confianza total y filial con Dios y fraterna con los demás. Por esto, en los tiempos que vivimos hablemos de Él en y desde el centro y la plenitud de la

vida; que hablemos de Él como Él mismo, en el Espíritu Santo se nos ha dado a conocer por su Hijo unigénito Jesucristo.

16. Pero no olvidemos nunca que la cuestión de cómo hablar de Dios no es, en primer lugar, un problema de lenguaje. La increencia no nace de un problema de lenguaje, ni puede afrontarse por medio de una estrategia de lenguaje. De lo que se trata primariamente no es de hablar un lenguaje sobre Dios más atinado o adaptado a la sensibilidad del hombre contemporáneo, de modo que ese lenguaje más pertinente pueda aplicarse a la predicación.

Si lo pensásemos así, por el mero hecho de plantear el lenguaje de este modo estaríamos dando a entender que el cristianismo para nosotros es un discurso, una abstracción. Un discurso abstracto, un sistema abstracto de valores y verdades es lo que queda, por un cierto tiempo todavía, cuando deja de ser una experiencia que cambia la vida e incide en la mirada sobre todas las cosas.

Hablar de Dios desde el testimonio de la experiencia de Él

17. El lenguaje cristiano no puede ser un discurso abstracto, solo puede ser el testimonio de algo que a uno le ha sucedido en la vida, de la relación personal que se mantiene con Él. Un testimonio puede ser rechazado o acogido, pero no es algo de lo que pueda discutirse por mucho tiempo: "Yo sólo sé una cosa: que era ciego y ahora veo".

18. La Iglesia solo puede hablar de Dios como del Abismo de amor y misericordia que ella misma ha encontrado en Jesucristo y del que vive cada día. El lenguaje cristiano sobre Dios, insustituible por el más acabado de los discursos, es el testimonio de la redención de Jesucristo, de la que brota una vida nueva, una mirada nueva sobre toda la realidad.

Se habla de Dios viviendo, obrando y hablando de cualquier cosa, porque o Dios tiene que ver con todo o no tiene que ver con nada. Pero si no tiene que ver con nada, entonces tampoco tiene ningún interés para el hombre. El primer lenguaje del hombre es su propia vida. El testimonio cristiano solo puede evitar ser un discurso vacío si se da en la vida, y al hilo de la vida; si se habla, por así decir, con toda el alma y con todo el cuerpo, con todo lo que uno es y hace.

Por esto mismo, frente al Dios "idea o concepto" hay que recuperar al Dios persona, viviendo frente a Él en la relación que conviene a todo ser personal, y en aquella específica que conviene al Ser Infinito: la aceptación, que es amorosa confianza y respuesta. Frente al Dios-moralidad o valor, horizonte de valores y comportamientos, hay que descubrir al Dios santidad, estando con Él, con el mismo temor y temblor, con la misma fascinada adhesión con que estaban los profetas ante el Santo que siempre atrae y siempre rechaza: la adoración. Frente al Dios-abstracto hay que recuperar al Dios de la historia y de la encarnación, de la cercanía solidaria y de la muerte en la cruz por nosotros y con nosotros, a cuya exposición solo puede responder con el

amor complaciente, con la imitación en la vida, con la acción de gracias incesante, con el vaciamiento de la vida en favor de todos: el testimonio.

Para hablar de Dios reconocer y aceptar su primacía y su gracia

19. Hablar así es hablar, en primer lugar de la presencia, de la primacía absoluta del Dios vivo. Al evangelizar, al predicar, al dar catequesis, podemos dar por bueno el antropocentrismo de nuestra cultura inmanentista y ofrecer únicamente las respuestas a las preguntas del hombre, que selecciona las cuestiones según el esquema de sus intereses o preocupaciones. Pero esta manera de proceder olvida la primacía real y personal del Dios vivo, Creador, Salvador y Señor y, aun sin quererlo, recorta y somete la revelación de Dios a la medida del pensamiento y de los intereses del hombre contemporáneo.

20. Esta manera de proceder olvida, al mismo tiempo, que Dios antes que respuesta al hombre es pregunta al mismo: "Adán, ¿dónde estás?". "Caín, ¿dónde está tu hermano?". Porque Dios es pregunta que nos lleva a descubrirnos en nuestra realidad, en nuestra verdad. Dios es pregunta que nos lleva a descubrir al hermano. No es la correlación necesaria de nuestras experiencias; no es solo la respuesta a las preguntas por la esperanza. Estando en sintonía con ellas, y mostrando la verdad de los anhelos y preguntas del hombre, entraña para nosotros el cuestionamiento que exige el no escandalizarse de Él.

Para hablar de Dios en verdad, es imprescindible orar, hablarle a Él. La oración es decisiva y nos urge.

21. Hablar de Dios, esa es nuestra misión, pero para ello, es preciso hablar a Dios, orar. La oración es uno de los elementos fundamentales, siempre imprescindible, en los que debemos insistir en estos tiempos en los que resulta tan difícil hablar de Dios a los hombres de nuestro tiempo. Necesitamos acoger hoy aquel sabio consejo de san Agustín en el opúsculo que él dirige al diácono Deogracias, *De catechizandis rudibus*: “Cuando no puedas hablar a uno de Dios, háblale a Dios de él”; ese es el momento presente que vivimos. Hablar intensamente a Dios de los hombres de nuestro tiempo, sin bajar los brazos como Moisés, orar sin cesar por ellos, interceder por ellos. Y junto a esto, hablar a Dios sencillamente, buscarle a Él en el sosiego de la oración y del trato coloquial y amistoso, buscarle a Él, anhelar contemplar su rostro. Esto es lo primero, solo de ese trato personal de amistad con quien sabemos que nos ama, solo reconociendo que Él es el primero y que ante todo nos importa Él, podremos hablar de Él y darlo a los demás, que es nuestra gran tarea. Por eso, solo una Iglesia de orantes y contemplativos, de interioridad como nos recordaba el Papa, podrá ofrecer a los hombres de hoy lo que necesitan. Todo esto ha de calar muy hondo en nuestra diócesis, comenzando por vuestro Obispo, y siguiendo por los sacerdotes, hasta el más pequeño de los fieles y desde el principio.

Ocuparnos ante todo y por encima de todo de Dios

22. En nuestra pastoral y en nuestra vida hemos de ocuparnos, en resumen, ante todo y por encima de todo de Dios, para que de tal forma Dios ocupe todo en nosotros. Buscarle a Él, que las obras que tenemos que hacer en su nombre ya vendrán, con nosotros o sin nosotros, o a pesar nuestro. Para ello, es preciso que nos abramos más y más a la iniciativa de Dios, que creamos que es Él quien lleva a la Iglesia, que dejemos a Dios ser Dios y actuar a Él, que todo es gracia suya; para ello, cultivar la interioridad y la espiritualidad verdadera, la oración, la contemplación, la escucha de la Palabra de Dios, participar en los sacramentos, centrarnos en la Eucaristía, frecuentar el sacramento de la penitencia... Todo cuanto contribuya a acercarnos a Dios, a teologizar nuestra existencia, a abrirnos a la gracia y a dejarnos conducir por ella, a buscar en todo la voluntad de Dios y cumplirla, como la Santísima Virgen, la llena de gracia. Esto es prioritario en un mundo tan secularizado como el nuestro que se nos mete en la misma Iglesia.

Como síntesis o resumen subrayo que lo que acabo de decir sobre la cuestión principal: Dios, solo Dios, Dios solo ha de ser una cuestión muy principal en nuestro próximo Sínodo. Llamados a evangelizar, como en los primeros tiempos.

Ante la secularización interna de la Iglesia, para una pastoral esperanzada, revitalizar la vida interior

23. No podemos dejar de tener en cuenta con la Conferencia Episcopal, lo que dijo hace ya unos años que “el problema

de fondo, al que una pastoral de futuro tiene que prestar la máxima atención, es la secularización interna. La cuestión principal a la que la Iglesia ha de hacer frente hoy en España no se encuentra solo en la sociedad o en la cultura ambiental sino también en su propio interior; es un problema de casa y no solo de fuera. Ante un contexto cultural difícil, y en ocasiones adverso, y ante la delicada situación eclesial que vivimos, la Iglesia, que confía en Jesús, no se arredra. Descubre que cuenta con las claves justas para una pastoral renovada y con respuestas evangelizadoras para los retos actuales... Los problemas no son para perder la esperanza, sino para afrontarlos con acierto y con esperanza. Una pastoral esperanzada es uno de los principales retos que tenemos como Iglesia". Ese es en verdad el camino a seguir en estos momentos. Una "pastoral esperanzada" es otra cuestión que habrá de abordar nuestro próximo Sínodo.

24. Esto reclama un convencimiento fundamental: el vigor de la Iglesia, el valor de sus aportaciones a la humanización del hombre, de la sociedad y de la historia están en proporción a su autenticidad religiosa y a su densidad de fe, a su vida teologal y teocéntrica, a vivir esa religiosidad y esa fe teologal en los múltiples terrenos de la vida real y concreta, al fortalecimiento de la identidad que le es propia, al vivir conforme a la originalidad con que ha aparecido en la historia por iniciativa de Dios, distinto al mundo. Ni su mensaje, ni sus objetivos, ni sus procedimientos pueden coincidir con los mensajes, los objetivos y los procedimientos de ningún grupo humano.

Hay que fundamentar la experiencia de Dios, la fe, confrontar de verdad a los hombres con el juicio de Dios, empujarlos hacia la conversión, acompañarlos en este doloroso encuentro con el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo que destruye los ídolos de la seguridad y la soberbia. Promover verdaderas comunidades de creyentes que luego sean capaces de asumir por su cuenta la responsabilidad de vivir la fe en un mundo que, no es ni puede ser nunca por sí mismo, el mundo de Dios.

Reavivar las raíces cristianas, fortalecer la misión religiosa

25. Así, entre nosotros, en España —y también en Valencia—, para afrontar con decisión y esperanza el reto del futuro necesitamos reavivar nuestras raíces cristianas, las raíces cristianas de nuestra sociedad. Recuperar y revitalizar estas raíces es una decisión insoslayable en una hora en la que está en juego nuestro futuro. Entendería parcialmente esto quien en los retos viese únicamente los retos políticos y económicos. Sin negarles importancia, hay otros retos que nos desafían en lo más profundo de nuestro ser personal y social. Una pastoral esperanzada es una “pastoral del encuentro personal con Dios”, en la que tanto insiste el papa Francisco, de manera destacada en referencia a la pastoral de la juventud, sobre la “pastoral de encuentro”, también que habremos de reflexionar en próximo Sínodo.

26. El encuentro con Dios lo cambia y renueva todo, superando la secularización asfixiante que está conduciendo al mundo. Cuanto más se seculariza la vida, más se deshumaniza; más

se empequeñece el sentido de las relaciones humanas y se pone en peligro la dignidad y libertad de las personas. En la crítica sin discernimiento que se ha hecho en los últimos decenios, y que se viene haciendo de manera radical, a nuestro pasado espiritual y cristiano, o al sentido religioso de la vida que abarca a toda la persona con toda su significación vital, “nos quedan como supremos valores y bienes, el dinero y la soledad del sexo y de la droga”; la quiebra moral es manifiesta, y consiguientemente la quiebra de humanidad, el vacío y el nihilismo adquieren carta de ciudadanía. “Aunque no todos, por desgracia, la perciban, hoy más que nunca se puede percibir la necesidad de Dios”. Hacia ahí apunto cuando afirmo que es necesario reavivar nuestras raíces cristianas, o cuando señalo como fundamental, el fortalecer la misión auténtica y estrictamente religiosa de la Iglesia.

Urgidos a una nueva evangelización: respuesta al reto de futuro

27. No faltarán quienes ante esto se rasguen las vestiduras gritando que pretendo volver al régimen de cristiandad, la confusión de lo civil y de lo cristiano, del Estado y de la Iglesia, o que, por otra parte, abogo por una Iglesia espiritualista, desencarnada y desentendida de los grandes problemas que afectan a nuestra sociedad. Todo lo contrario. Y que eso no puede estar en la base del Sínodo diocesano que impulse una genuina renovación de nuestra Iglesia diocesana. No trato de volver al pasado, sino sencillamente de reclamar que abordemos, de una vez por todas y decididamente la gran tarea de la nueva evangelización dentro de las condiciones

de libertad religiosa reconocida por el Vaticano II —libertad que, por lo demás, algunos y desde diversas instancias pretenden cercenar, seguramente desde un confesionalismo laicista—. Dentro del debido respeto a la libertad religiosa, el Evangelio reclama totalmente al hombre entero y que actúe conforme al Evangelio como Iglesia.

Una nueva evangelización es la única respuesta al reto de futuro que tenemos entre nosotros. Es lo que he pretendido al anunciar una convocatoria de un nuevo Sínodo diocesano. No espero ni pido a Dios, dador de todo bien, otra cosa que nuestra Iglesia diocesana sea evangelizada y sea evangelizadora. Y por ello espero inseparablemente la renovación de nuestra diócesis. Muchas de las cosas que nos están pasando nos hacen sufrir, incluso las heridas y llagas que afligen a la Iglesia, entiendo que todas esas cosas son una llamada y una purificación para que la Iglesia, siendo Iglesia conforme la ha querido y quiere su Señor, Jesucristo, fortaleciendo su identidad de fe, reavive las raíces cristianas de nuestro pueblo, se entregue a la gran labor y el gran servicio a los hombres y a la sociedad, que es una nueva evangelización. Este es el reto de futuro, aquí se abre la gran esperanza.

Es importante que, desde la sinceridad y la humildad, reconozcamos nuestra debilidad y la fragilidad de nuestra fe. Es el camino para ponernos en movimiento y renovarnos. Necesitamos esa renovación profunda; necesitamos que nuestra experiencia de Dios y de Jesucristo se fortalezca para anunciar el Evangelio; necesitamos acoger de nuevo el Evangelio de Jesucristo, que se haga vida en nosotros, que

vivamos de él, como el justo vive de la fe. De esta manera evangelizaremos, atraeremos a los no creyentes y alejados.

El mundo necesita a Jesucristo

28. El mundo, para cambiar, necesita el Evangelio. Necesita a Jesucristo. No podemos quedarnos impasibles ante esa necesidad y petición, a veces no consciente siquiera, que nos llega de los que se han alejado de la fe, de los que no creen en Jesucristo, revelador de Dios y del hombre, de los que padecen la quiebra de humanidad o el vacío del sin sentido, de los que sufren el desamor, injusticia u olvido de los hombres que pasan de largo ante sus propias necesidades y lamentos. Una petición que nos grita a nosotros, los cristianos, aunque seamos flojos: ¡Ayudadnos!

Vivimos tiempos “recios”. Fácilmente nos lamentamos de ellos. Con una naturalidad pasmosa buscamos culpables o creemos que nada puede hacerse para cambiar la situación difícil, muy difícil, que atravesamos en España, en Europa, en el mundo. Vivimos una sociedad típicamente pagana. Lo que en estos momentos está en juego es la manera de entender la vida, con Dios o sin Dios, con esperanza de vida eterna o sin más horizonte que los bienes del mundo, con un código objetivo respetado desde dentro o con la afirmación soberana de la propia libertad como norma absoluta de comportamiento hasta donde permitan las reglas externas de juego. Y esto es muy importante. No da lo mismo una cosa que otra. Este es el reto para nosotros los cristianos: que los hombres entiendan y vivan la vida con Dios y con esperanza

en la vida eterna; que los hombres crean en Jesucristo, le sigan y alcancen con Él la felicidad, la verdad que nos hace libres, el amor que nos hace hermanos.

No podemos callar

29. Los cristianos no somos meros espectadores. No nos podemos cruzar de brazos. Nos sentimos urgidos a evangelizar. No podemos callar. Pero solo podemos hablar si creemos: “Creí, por eso hablé”. Hay que volver a comenzar. Hay que volver a evangelizar. Hay que vivir y anunciar el Evangelio en su realidad más radical y original y en sus contenidos fundamentales. Anunciar el Evangelio, como si nunca lo hubieran escuchado, en nuestras casas y hogares, a nuestros vecinos, a las personas con las que tratamos y convivimos, con las que trabajamos o compartimos tareas e ilusiones. Como en los primeros tiempos. Como si fuese la primera vez que se anuncia a Jesucristo en el interior de un pueblo; con toda su fuerza de novedad y escándalo y con todo su inigualable atractivo; sin complejos, ni temores, con sencillez ilusionada y entusiasmo vigoroso; con audacia apostólica; con inmenso amor hacia todos. Y ese anuncio, desde la experiencia gozosa de fe, que nos transforma interiormente y nos hace vivir con una entera confianza y esperanza en Dios que nos ama.

Vivimos un ambiente pagano, sin paliativo de ningún tipo, que también nos toca —tal vez más de lo que nos parece—. Tenemos que aprender a vivir como cristianos en ese ambiente, siendo levadura en la masa, como el alma en el cuerpo, dando vida y

aliento, fermentando nuestro mundo. Y vivir como cristianos, con todas las consecuencias, es vivir la autenticidad del Evangelio, dar testimonio de él, anunciarlo, ser lo que el alma al cuerpo. Esta debería ser nuestra respuesta ante la escasez de anuncio evangelizador de nuestra Iglesia diocesana a los que no creen o se han alejado de la fe. Con la ayuda de Dios esto es posible.

Es la hora de Dios, es la hora de evangelizar: Valencia evangelizada, Valencia evangelizadora

30. Es posible y Dios nos lo está pidiendo. Es la hora de Dios, la hora de la evangelización, la hora de una Iglesia misionera. Siempre, pero desde que he llegado a Valencia —van a hacer cinco años— con mucha mayor intensidad todavía, estoy escuchando como una llamada permanente de Dios a la misión, a evangelizar a los que no creen o se han apartado de la fe. Siento la urgencia, que me requema por dentro. Es lo que más me apremia. Se trata de la nueva evangelización en un mundo pagano, que se ha alejado de Dios o ni siquiera se lo plantea. Pero es también la misión, en su sentido más estricto, *ad gentes*, las misiones; y esta intensidad aún se hace más acuciante, aunque más serena, desde mi visita este verano a Perú, Chile y Ecuador. Nos apremia evangelizar. Este es nuestro futuro. Esta es la gran llamada de Dios a la Iglesia que está en Valencia. Todo el enriquecimiento y vitalidad con la que Dios la ha adornado y vigorizado en muchos años y en las últimas décadas, en sintonía con su pasado, ¿no es también una llamada a la evangelización, a la misión y a las misiones? “España evangelizada, España evangelizadora”, esa es la consigna

que el papa san Juan Pablo II nos dejó en su último viaje. Esa es también la consigna para nuestra diócesis: “Valencia evangelizada, Valencia evangelizadora”, ese podría ser el lema del próximo Sínodo diocesano.

Llamados a vivir y ser el signo de la caridad de Dios. La caridad, gran signo de la verdad del Evangelio y de su anuncio

31. La verdad de esta consigna, la señal de que esta consigna se cumple y verifica entre nosotros, es el gran signo de la caridad que, bien sabemos y vivimos peor, es la forma de vida del cristiano y pilar imprescindible en el que la Iglesia se sustenta. La señal de que el Mesías, Salvador y esperanza de los hombres, al que los hombres, pecadores y pobres, enfermos y rotos aguardan, es que los “pobres son evangelizados”, como responde Jesús a los discípulos de Juan (Cf. *Mt* 10). Es el gran signo de que el Reino de Dios está cerca de nosotros, de que hemos recibido la Buena nueva del Reino de Dios, y ha arraigado en nosotros: Dios, Amor, reina en nosotros. Sin esta señal, “sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras” (*NMI* 50).

Esta es, pues, la verdadera señal que muestra creíble el Evangelio: la caridad, esto es, el que nos amemos los unos a los otros como Cristo nos ha amado, el que amemos de

manera viva y efectiva, práctica y concreta, a nuestros hermanos, especialmente a los más pobres y necesitados. En esto conocerán que somos sus discípulos: en que nos amamos como Él nos ama y con su mismo amor (Cfr. *Jn* 13,34-35). La caridad es lo que constituye el principio vital de la Iglesia, Cuerpo del Señor. Como nos recuerda el papa san Juan Pablo II en su carta *Al comenzar el nuevo milenio*, “las palabras del Señor a este respecto son demasiado precisas como para minimizar su alcance. Muchas cosas serán necesarias para el camino histórico de la Iglesia en este nuevo siglo; pero si faltara la caridad (ágape), todo sería inútil” (NMI 42).

Por eso nos recuerda san Pablo: “Si no tengo caridad, nada soy... Si no tengo caridad, nada me aprovecha” (I *Cor* 13, 23). La caridad es el verdadero “corazón de la Iglesia” (Sta. Teresa de Lisieux). “En el atardecer de la vida seremos examinados y juzgados del amor” (san Juan de la Cruz). Al final solo quedará el amor, el amor a los pobres y a los últimos: “Tuve hambre y me diste de comer, estuve enfermo y preso y viniste a verme” (Mt 25). “Mirad cómo se aman”, ese era el distintivo de aquellas comunidades, en las que todo lo compartían y tenían en común (Cf. *Hech* 2, 42-44). Ese ha de seguir siendo también hoy, y siempre, el distintivo, afirmado y fortalecido con la nueva evangelización, de los cristianos y de las comunidades cristianas, para que el mundo crea, para que pueda ver cómo nos ha transformado Jesucristo y su Evangelio, cómo, en verdad, hemos sido hechos criaturas nuevas por el Espíritu Santo que derrama en nuestros corazones el mismo amor de Dios.

Es preciso dar el paso hacia todo hombre, sobre todo el pobre

32. Bajo la acción del Espíritu Santo que está sobre Jesucristo para anunciar la buena noticia a los pobres y a los que sufren (Cf. *Lc 4*), siguiendo las huellas de Jesús, Buen Samaritano que sale a nuestro encuentro despojándose de su condición divina y haciéndose uno de nosotros, pobre con los pobres, es preciso e inaplazable que demos el paso hacia todo hombre, en especial hacia quienes están siendo víctimas de la injusticia o de la marginación, hacia todos los alejados y orillados, hacia los despojados y heridos en la vida, y en su esperanza, hacia los inmigrantes, hacia los ancianos, enfermos y desvalidos, hacia los que sufren por cualquier causa, hacia los que necesitan consuelo y aliento, hacia los nuevos pobres que crea la sociedad moderna, hacia los pecadores y rotos. Que vean en nosotros la cercanía más total, la acogida que refleja el Dios único y verdadero que no hace acepción de personas, que en su Hijo Jesucristo nos ha salido al encuentro de cada uno en su amor infinito, misericordioso y universal. Que puedan palpar en nuestra solicitud amorosa y desinteresada, al Dios y Padre de la misericordia, Dios de todo consuelo, que les quiere sin límite ni ribera alguna, los acoge sin condiciones y sin esperar nada a cambio, los perdona, los ama, los cura y los llena de esperanza y restablece en su dignidad. Que por nuestra cercanía y proximidad a los pobres, que mediante nuestra opción preferencial por ellos, como opción de Iglesia, se testimonie el estilo del amor de Dios, su providencia y su misericordia, y se siembren hoy en la historia aquellas semillas

del Reino de Dios que Jesús mismo, rostro del Padre, dejó en su vida terrena atendiendo a cuantos recurrían a Él para toda clase de necesidades espirituales y materiales (Cf. *NMI* 49).

Algunas exigencias de la caridad

33. Como Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, Dios con nosotros, con su propio amor, amor de Dios humanado, la caridad cristiana nos lleva a compartir cuanto somos y tenemos con quienes lo reclaman desde cualquier necesidad; nos conduce a establecer unas relaciones humanas nuevas apoyadas en el amor de Dios y que es Dios; unas relaciones apoyadas en el respeto a la dignidad de cada ser humano y a la defensa del débil, del inocente y del indefenso. La caridad nos compromete a los cristianos a instaurar un mundo nuevo y reclama de nosotros que nos empeñemos auxiliados por la gracia divina, en las circunstancias actuales, en lograr algo cada vez más urgente y necesario: la unidad de todos, el trabajar con todos, codo con codo, en la lucha contra la pobreza y las pobrezas que atenazan y amenazan a nuestra sociedad. La caridad nos apremia hoy ante tantas y tan variadas pobrezas, las de siempre y las nuevas, las muchas sensibilidades que interpelan hoy la sensibilidad cristiana y los grandes retos a los que dirige nuestra mirada san Juan Pablo II en su *Carta Novo Millenio Ineunte* (*NMI* 50-51) y *Ecclesia in Europa*. No podemos dejar de tener muy presente, en el actual momento que vivimos a los inmigrantes, con toda la significación que tienen. Muy en nuestro corazón también han de estar los enfermos y los ancianos.

El ejercicio de la caridad reclama la defensa de los derechos fundamentales de la persona humana

34. La caridad que actúa el Espíritu en nosotros, nos proyecta hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano. Nos urge y apremia apostar por la caridad que, no lo olvidemos, ha de ser también necesariamente un servicio a la cultura, la política, la economía, a la evangelización, a la educación y la familia, para que se respeten los principios fundamentales de los que depende el destino del ser humano, en los que están en juego su dignidad inviolable y sus derechos fundamentales e inalienables. Esta dimensión es parte inseparable de la evangelización.

La nueva etapa de nuestra diócesis, marcada por el Sínodo diocesano, ha de caracterizarse por el ejercicio de la caridad

35. No olvidemos jamás aquellas palabras tan vibrantes de san Juan Pablo II en su Carta programática *Al comenzar un Nuevo Milenio*: “Este es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral. El siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía, y es de desear que lo vean de modo palpable, a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres. Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que Él mismo ha querido identificarse: los pobres”. Ateniéndonos a las indiscutibles palabras del Evangelio, en la persona de los pobres hay una especial presencia de Jesús, que impone una opción preferencial por

ellos: "Tuve hambre y me distéis de comer" (Mt 25, 35). Esta página no es simplemente una invitación a ejercitar la virtud de la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Aquí la Iglesia comprueba su fidelidad como esposa del Señor, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia. Por eso, tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como "en su casa", porque su casa es, ciertamente. "No debe olvidarse que nadie puede ser excluido de nuestro amor, desde el momento que 'con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre'" (Cf. NMI 49).

Necesidad de la Eucaristía para el testimonio de la caridad

36. Esto está pidiendo que los cristianos nos centremos en la Eucaristía, que hagamos de ella el centro, la fuente y el culmen de la vida cristiana. Aspirar a la caridad, hacer de ella la norma de nuestra vida, vivir la caridad, llevar a cabo la instauración de un mundo nuevo que exige la caridad como la forma propia del vivir cristiano, está exigiendo que los cristianos vivamos profundamente el misterio de la Eucaristía. Sólo quien se alimenta de Cristo, caridad de Dios, amor de Dios hecho carne, puede entregar ese amor a los demás; sólo quien vive a Cristo, quien se une a Él, puede entregarlo a los demás, y con Él y como Él ser el buen samaritano que se acerca al malherido y maltrecho para curarlo. Solo quien participa en la Eucaristía, quien vive todo lo que significa y es el misterio eucarístico, se capacita para hacer de su vida una entrega de sí mismo y de sus cosas a los demás, es decir, un darse real y enteramente a todos. Solo a partir de

la Eucaristía podemos vivir el misterio de la comunión con Dios, de donde brota el amor a los hermanos, y la comunión con ellos. La Eucaristía ha de estar en el centro de nuestro Sínodo, ha de ser uno de los temas en el que fijemos nuestra mirada, estudio y reflexión en el próximo Sínodo diocesano, y estoy repitiendo reflexiones en voz alta que comparto con vosotros: en la Eucaristía tenemos a Dios con nosotros, la centralidad de Dios a quien se ofrece como memorial de la Pasión, está la adoración, la renovación, la evangelización que allí encuentra su fuente y su cumbre.

**La comunión, inseparable del amor fraterno.
La comunión manifiesta la esencia misma de la Iglesia.
Fomentar la espiritualidad de la comunión**

37. La comunión, inseparable del amor fraterno, de la caridad, fuente y sustento de ese mismo amor, es otro aspecto importante e imprescindible en que será necesario poner un decidido empeño programático en nuestra iglesia diocesana, como en toda la Iglesia una y única, universal, tal y como subraya una y otra vez san Juan Pablo II. La comunión “encarna manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia. La comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros por el Espíritu que Jesús nos da (cf. *Rm 5,5*), para hacer de todos nosotros ‘un solo corazón y una sola alma’ (*Hch 4,32*)... Hacer de la iglesia la casa y la escuela de la comunión: este es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que vivimos, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las esperanzas del

mundo... Antes de promover iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad...; significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico de Cristo, y, por tanto, como 'uno que me pertenece'... Espiritualidad de la comunión es también capacidad para ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios... es saber 'dar espacio' al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento" (NMI 42-43).

Valencia, una diócesis donde se vive la comunión

38. Es cierto —y así hay que reconocerlo y agradecerlo a la Trinidad Santa— que una de las características de nuestra diócesis es el vivir la comunión eclesial de una manera gozosa y espontánea. Pero también es cierto que, —hoy más que nunca, y fortaleciendo el don que hemos recibido— es preciso que ahondemos y profundicemos en esta espiritualidad: que los sacerdotes seamos signo y testimonio vivo de la misma en todos sus aspectos, que se enraíce más y más en el pueblo

cristiano; a pesar de lo mucho y bueno que en este terreno se da, es necesario corregir actitudes y realidades que a veces se introducen entre nosotros. En esto nos va la vida, nos va la capacidad de vivir la caridad que expresa esta comunión profunda, y nos va la capacidad de evangelizar que es siempre inseparable de la comunión. Para ello, también es preciso que nos decidamos a desarrollar aquellos ámbitos e instrumentos que sirven para asegurar y profundizar la comunión y que nos comprometamos más que nunca a valorarlos y fortalecerlos.

El servicio a la comunión, servicio principal de mi ministerio episcopal

39. El servicio humilde y perseverante a la comunión es, sin duda, el más exigente y delicado, pero también el más precioso de mi ministerio episcopal, porque es servir a una dimensión esencial de la Iglesia y a la misión de la misma en el mundo. En este servicio, con la ayuda del Espíritu y de la comunión de los santos, habré de poner mis mejores y mayores esfuerzos, no ignorando que esta comunión es ante todo, unidad en Cristo y en su doctrina, en la fe y en la moral, en los sacramentos, en la obediencia a la jerarquía, en los medios comunes de santidad y en las grandes normas de disciplina. Y no ignorando tampoco que la comunión en la Iglesia tiene sus propias exigencias internas, la primera de las cuales es la comunión con Dios. Los cristianos están en comunión unos con otros porque primariamente están en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo en el Espíritu Santo. Sólo en el encuentro y comunión con Dios, la Iglesia recibe su vigor y

vitalidad. Hoy, como ya he dicho en esta Carta, el problema y necesidad mayor con que nos encontramos es el encuentro con Dios, la vida desde Dios y en Dios. Por eso, renovar la vida interior de la Iglesia por una revitalización de la comunión con Dios entre los cristianos es tarea apremiante a la que habremos de dedicar nuestros mejores desvelos. Tengo el convencimiento, como ya señalé antes, de que todo lo que hagamos para realizar la misión de la Iglesia ha de tener como base y comenzar por suscitar en el pueblo cristiano el encuentro con Dios, vivo y verdadero. Y en este sentido, para promover y alentar la comunión, será necesario recordar, subrayar y favorecer, a tiempo y a destiempo, la vocación de todos los fieles a la santidad: porque esa es la voluntad de Dios, nuestra santificación. Desarrollar en nuestra diócesis una pastoral de santidad. Cuidemos de que los sacerdotes sobresalgamos en el testimonio de la santidad; fomentemos la renovación de los institutos de vida consagrada en la unidad diocesana; promovamos la espiritualidad propia de los laicos, fundada en el bautismo, y de modo particular la espiritualidad conyugal.

Participación y corresponsabilidad de los laicos

40. Especial mención y atención merecen en este punto la participación y corresponsabilidad de los laicos. Necesitamos avanzar más en este terreno. Y, de manera muy principal, habrá que seguir trabajando en buscar formas de presencia, como exige la situación de hoy, en una nueva sociedad y ofrecer, en ella, con toda libertad y gozo, sin complejos, el mensaje del Evangelio, como fuente de libertad, de progreso,

de crecimiento en humanidad y de realización de nuestro mundo en paz solidaria y en justicia. Así mismo, la comunión eclesial se ha de transparentar en la comunión solidaria con todos los hombres. Los hombres podrán atisbar el don de la comunión que brota de la Santísima Trinidad si nos ven a los cristianos del lado del hombre, a su servicio, puestos de manera efectiva al lado de los pobres y comprometidos en las causas más nobles de la justicia y la paz en favor de los hermanos. Los cristianos que viven en comunión con Dios muestran donde está nuestro Dios acercándose a los hombres que padecen injusticia, aproximándose como buenos samaritanos a tanto sufrimiento y herida de los hombres. Por eso, habremos de promover el compromiso de las comunidades y de todos los fieles de nuestra diócesis en las causas del hombre, impulsando su participación en la vida pública. No hay que olvidar tampoco que los laicos están comprometidos con la nueva evangelización, tienen en ella una parte muy importante e imprescindible, a ellos en particular, corresponde como en los primeros tiempos; ese es su primer servicio a la Iglesia y a la humanidad. Todo esto supone un notable esfuerzo, del que no podemos dispensarnos, de formación de laicos, de creación o de potenciación de instituciones encaminadas a proporcionar esta formación.

Tengamos, por lo demás, siempre en cuenta que la unidad de la Iglesia no es uniformidad, sino integración orgánica de las legítimas diversidades. Y todos estamos llamados y obligados a tomar conciencia de la propia responsabilidad activa en la vida eclesial. Promocionando las vocaciones al sacerdocio y

la vida consagrada, descubriendo cada vez mejor la vocación propia de los laicos para su presencia cristiana y pública en el mundo, promoviendo “las diversas realidades de asociación, que tanto en sus modalidades más tradicionales como en las más nuevas de los movimientos eclesiales, siguen dando a la Iglesia una viveza que es don de Dios constituyendo una auténtica primavera del Espíritu” (NMI 46), y prestando especial atención a la pastoral familiar y educativa. Este será otro de los temas en que habremos de profundizar en el próximo Sínodo coincidiendo con la convocatoria a participar en el Congreso Nacional promovido por la Conferencia sobre el Laicado y el Apostolado de los Laicos.

Los Consejos diocesanos, órganos de comunión

41. Al hablar de la comunión en la Iglesia, no puedo omitir una referencia, aunque sea breve, a la necesidad de fortalecer y avivar los distintos Consejos diocesanos: el Consejo del Presbiterio, el Consejo de Laicos, el Consejo de Vida Consagrada y el Consejo de Pastoral, que está formado por todos los otros Consejos diocesanos, además del Colegio de Arciprestes y los Delegados y Directores de Secretariados de Pastoral. Estos Consejos, como muy bien sabemos, son órganos muy fundamentales para la comunión, y han de ayudar a vivir, alentar y fortalecer la comunión, así como a una misión en comunión, que parte de la comunión y tiende a ella. Es este un asunto al que prestaremos una atención relevante en este curso. En el próximo Sínodo tendremos ocasión de revisarlos y fortalecerlos.

TERCERA PARTE. ALGUNAS ORIENTACIONES CONCRETAS PARA NUESTRA ACTUACIÓN EN UN NUEVO CURSO

42. Con estas perspectivas reemprendemos el camino de un nuevo curso, que siempre es esperanza. Además de la convocatoria y las labores del próximo Sínodo diocesano, el programa nos lo dejó ya trazado el papa san Juan Pablo II en su Carta *Al comenzar un nuevo milenio*, en su Exhortación apostólica *Iglesia en Europa* y en su último viaje apostólico a España. Es el programa y el camino que habremos de seguir, en comunión con el resto de las diócesis españolas, con las concreciones propias y las llamadas concretas que Dios nos dirige a la Archidiócesis de Valencia. Habremos de repasar, profundizar, conocer mejor, aplicar los mencionados documentos del Papa, así como el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española en toda la diócesis, y el Proyecto Pastoral diocesano aprobado en Asamblea diocesana en sus órganos de gobierno y en los Consejos diocesanos, en las Vicarías territoriales y en los Arciprestazgos, en las parroquias y comunidades, en los distintos grupos apostólicos y de acción pastoral. Con todo ello, con las reflexiones correspondientes, y, sobre todo, con la oración y atención a Dios y a lo que el Espíritu dice a esta Iglesia que está en Valencia elaborará cada comunidad su propio programa. Permitidme ahora algunas insinuaciones de lo que personalmente, a la luz de Dios y en conformidad con estas enseñanzas de la Iglesia y desde la comunión eclesial, veo que podríamos impulsar en el futuro, y que,

contrastándolo con vosotros, corregido en lo que convenga y enriquecido por vosotros, si es de Dios, podríamos llevar a cabo.

Por una pastoral centrada en lo fundamental

43. Sí que me gustaría, como he dicho allá donde Dios me ha llamado a realizar el ministerio de pastor, que sería muy bueno que, a pesar de la complejidad de la situación y de las demandas, podamos llevar a cabo una pastoral simplificada. Sería muy bueno que nos centremos en pocos aspectos pero fundamentales. Como hace el papa san Juan Pablo II en *Novo Milenio* o en *Ecclesia in Europa*, o como nos resumió en su viaje último a España: la santidad, la gracia, la oración, la escucha y anuncio de la Palabra, la Eucaristía, la Penitencia, la caridad, la comunión; o como vemos en esos signos luminosos de Dios para esta época nuestra como: santa Teresa del Niño Jesús, madre Teresa de Calcuta, el mismo papa san Juan Pablo II en todo su hacer y decir. A veces podemos perdernos en una pastoral muy compleja que nos abrumba y esteriliza. La Iglesia, en el siglo XVI, impulsada por Trento llevó a cabo, asistida y animada por el Espíritu, una grandísima renovación fijándose en muy pocas acciones. Santa Teresa de Jesús y sus monjas —ahí tenemos también el ejemplo de santa Teresita— han contribuido como pocos a la evangelización de nuestro mundo y en la renovación y revitalización de la Iglesia con una vida centrada en la oración y en la respuesta a la llamada a la santidad desde el claustro y la contemplación. Hoy tenemos ante nosotros un nuevo reto de renovación y de evangelización; como aquel

entonces nos hallamos, en una nueva etapa de la historia que hemos de encauzar con una visión cristiana auténtica, exigente y renovada.

Encaminado todo a que los hombres crean, a “hacer” cristianos

44. Todo debe ir encaminado a esto: a que, con la gracia de Dios y su auxilio, los hombres crean, a que se conviertan a Jesucristo y le sigan, a hacer cristianos. De eso se trata: de hacer cristianos, de engendrar y ayudar a crecer nuevos hijos de Dios, que conozcan a Dios Padre y a su Hijo Jesucristo, donde se encuentra la vida plena y eterna. Todo, pues, como ya he dicho, en orden a una nueva evangelización, todo encaminado a una pastoral de iniciación cristiana renovada, que, por obra del Espíritu Santo, se encamine a “hacer cristianos”; esa ha de ser ante todo nuestra primera solicitud pastoral. Aunque en nuestra diócesis hay tantos signos de vitalidad cristiana, no podemos cerrar los ojos a la evidencia de una secularización fortísima de nuestra sociedad ni a la secularización interna de la Iglesia, como si esto no nos afectase. Las cosas no pueden seguir igual ante el gran cambio que está experimentando nuestra diócesis y ante el que todavía mayor va a experimentar en los años venideros, con las comunicaciones, el crecimiento demográfico, el aumento de la población joven y dinámica y muy castigada por la cultura secularizada y de la increencia, pagana, que viene de otras partes, el fenómeno tan singular de la proliferación de las urbanizaciones... Lo que está sucediendo en buena parte de la población joven de España es algo que

nos llena de preocupación por los jóvenes mismos y por el futuro de la sociedad cuando ellos sean padres y educadores de las nuevas generaciones: son muchos los que no creen en nada y viven sumidos en el nihilismo y en el vacío, aunque es justo reconocer, a renglón seguido, que hay también un sector muy amplio de jóvenes que buscan y encuentran a Jesucristo y dan testimonio de Él.

**Impulsar un fuerte dinamismo misionero.
Así se mantendrá y fortalecerá lo que tenemos**

45. No podemos mirar a otro sitio y continuar con una pastoral de mero mantenimiento y de conservación, no podemos conducirnos por las inercias de lo que “siempre” hemos hecho, aunque esto no debe suponer en modo alguno despreciar nada de la rica y genuina tradición de esta iglesia valentina, al contrario. Con ser necesario mantener, no mantendremos ni siquiera lo existente si no impulsamos un fuerte dinamismo misionero en toda nuestra pastoral. Habrá que promover una acción pastoral orientada a la conversión y a la fe confesante en el Dios vivo y soberano; no podemos dar por supuesta ni la fe ni la conversión; muchos de los fallos y de la falta de fecundidad de la pastoral es no propiciar por encima de todo la conversión y el encuentro y la relación personal con Jesucristo, como nuestro único dueño y Señor. Hay que presentar el cristianismo con toda su originalidad y singularidad, en toda su exigencia y radicalidad, sin eliminar las aristas de la cruz que a veces tanto se ocultan para hacernos plausibles, pero tras lo que nada o apenas nada queda. Es preciso ofrecer “la sustancia viva del Evangelio”,

en expresión de san Pablo VI. Hay que decir y testimoniar claramente que Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios vivo, es el único Salvador, lo pide todo, y si no lo pide todo, como al joven rico, no es Jesucristo; no podemos escamotear el camino de las bienaventuranzas, el de la cruz, el de la negación a nosotros mismos, y el de la vida nueva que en ese camino de la cruz y de las bienaventuranzas se da, tan en dirección opuesta a los criterios de nuestra cultura de exaltación del hombre, de negación de Dios, hedonista y pagana.

Decidámonos de una vez por todas por una pastoral misionera y por fortalecer la iniciación cristiana

46. No tengamos miedo a esta pastoral y a lo que ella comporta. Pero decidámonos ya a ella, mañana puede ser tarde, si Dios no lo remedia. Impulsemos una pastoral más diversificada y acomodada a las situaciones de la fe; demos una orientación misionera a la pastoral sacramental. Y muy en primer término, renovemos y potenciemos la iniciación o la "reiniciación cristiana", con atención particular, en este caso, a los jóvenes y adultos; el estudio y la reflexión sobre lo que es y exige la iniciación cristiana dentro de la misión evangelizadora de la Iglesia en nuestro tiempo es algo que debe ocupar nuestra atención a lo largo de este curso, como ya se ha iniciado en el Consejo diocesano del Presbiterio, para sacar las conclusiones operativas a las que debemos llegar. Ciertamente que una pastoral de iniciación cristiana para todos reclama un cambio de mentalidad y de estilo pastoral, exige una pastoral evangelizadora y de fortalecimiento de la comunidad eclesial, supera rutinas y nos pone a todos en

movimiento. Pero una pastoral así merece la pena y llena de ilusión y de esperanza. Evangelización e iniciación cristiana son dos temas, como vengo diciendo en esta Carta pastoral que habrán de ocupar particular atención en el próximo Sínodo diocesano.

Renovar las parroquias

47. Es preciso renovar las parroquias en perspectiva misionera y dar vida a comunidades evangelizadoras, que es otro de los temas en los que habrá de incidir muy particularmente el próximo Sínodo diocesano. Si de verdad queremos —y debemos quererla— una renovada pastoral de iniciación cristiana con todas sus exigencias, habremos de propiciar, en efecto, decididamente la renovación de nuestras parroquias y de nuestra diócesis, entre otras cosas:

- a.** con una liturgia muy cuidada en todos sus aspectos y exigencias, “mejorando nuestras celebraciones”, sobre todo de la Eucaristía dominical; la Eucaristía, la celebración y la adoración, han de ser centro de la diócesis y de las comunidades, fuente y vida de todo; sigamos para ello la Encíclica del papa san Juan Pablo II *Ecclesia de Eucaristía* y la Exhortación postsinodal de Benedicto XVI *Sacramentum Caritatis*. Es necesario recuperar y profundizar en la renovación litúrgica del Vaticano II; tal vez necesitemos sacudirnos el polvo que se nos ha podido pegar en estos años de camino en la renovación litúrgica, y necesitemos purificar algunas cosas, avivar otras, en todo caso revitalizar las celebraciones litúrgicas, fortalecer el sentido litúrgico en

nuestras comunidades con una adecuada formación y con celebraciones muy cuidadas. Todo lo que se haga en este orden de cosas contribuirá de manera decidida a potenciar una diócesis evangelizadora en todos los órdenes, ya que la liturgia, sobre todo de la Eucaristía, es fuente y cumbre de la evangelización;

b. con una vida cada vez más intensa de oración y de adoración ofreciendo espacios para aprender a orar y para orar y adorar ante el Señor personalmente o en forma comunitaria. Hemos de generar un gran movimiento de oración y adoración, poner a toda nuestra diócesis en oración y adoración, hemos de permanecer unidos todos en torno a la oración: orar más y más intensamente y con verdad vuestro arzobispo, los sacerdotes, las personas consagradas, los fieles cristianos laicos, las familias; que los sacerdotes no dediquemos menos de una hora diaria a la oración mental, además del breviario y del Rosario; que las familias oren juntas al menos en la bendición de la mesa y el santo Rosario; que los padres y los abuelos enseñen a rezar a los pequeños, a hablarle a Dios con toda naturalidad; que en todas las parroquias de la diócesis se tengan un espacio diario para rezar el Rosario, que ofrezcan momentos de adoración al Santísimo, que promuevan vigiliias de oración, escuelas de oración, que se propicien los grupos de oración particularmente entre los jóvenes; que se conozcan más y mejor los monasterios de vida contemplativa y se vaya a ellos para orar con las monjas o los monjes; no tengamos miedo a mantener nuestras iglesias más tiempo abiertas para que los fieles

puedan acercarse a hacer la visita al Santísimo para orar; que se potencie la oración en los tiempos litúrgicos fuertes. Si siempre la oración es necesaria y una escuela de evangelización imprescindible, en un mundo tan secularizado como el nuestro, lo es todavía con mayor motivo;

c. con un mayor conocimiento de la Palabra de Dios, con iniciativas propias y creativas que propicien un conocimiento mayor y una escucha más atenta de la Palabra de Dios; formar para ello, grupos de lectura orante y reflexión de la Palabra de Dios, impulsar la *lectio divina* en la diócesis y en las parroquias; formar un grupo de animadores bíblicos a nivel diocesano y parroquial que acompañen y sirvan de guías en los grupos de estudio y oración bíblica; crear un Centro diocesano de difusión de la Biblia y de formación de agentes para este cometido, ofrecer materiales idóneos para este fin; difundir en las parroquias las publicaciones del Evangelio de cada día y fomentar que en las familias cristianas se lea el texto del Evangelio del día correspondiente y se dediquen unos minutos para comentarlo en familia y orar sobre él; que los sacerdotes preparemos la homilía dominical con una lectura meditada y orada de los textos bíblicos del domingo; cuidemos mucho la homilía: tal vez no lleguemos a ver la importancia que tiene y el mucho bien que se puede hacer con ella, para muchos será su alimento que les sostenga en la vida cristiana y les aliente a proseguir su camino. Todo lo que hagamos en este sentido por el conocimiento, difusión y asimilación de la Palabra de Dios será de gran fecundidad

para la comunidad cristiana. A este respecto, nos serán de gran ayuda las reflexiones que el papa Benedicto nos ofreció en su Exhortación postsinodal *Verbum Dei*;

d. con la acogida de los alejados y el ir a los lejanos con actitudes e iniciativas que propicien la acogida de los alejados. Entre nosotros, muchos bautizados han perdido el sentido de la fe y de la pertenencia a la Iglesia; viven alejados, por múltiples y variadas causas, de la comunidad eclesial; nadie de nosotros puede permanecer insensible ante esta situación; es necesario un propósito constante de acercamiento a estos bautizados, inspirado en la actitud de acogida, comprensión y paciencia que tuvo Cristo, reflejo de la misericordia del Padre, con los alejados de su tiempo, la que tiene con cada uno de nosotros, pecadores. Las parroquias tienen que asumir decididamente la tarea de ser auténticos lugares de acogida y experiencia del Evangelio de la misericordia, abierto a todos, preocupándose, de forma especial de los alejados. Que todos vean en la Iglesia, en las parroquias, instituciones eclesiales, curia, en las personas de iglesia, una actitud de acogida, una iglesia madre y acogedora; que nadie se vea rechazado o no atendido: ¡podemos hacer tanto en cuanto a la acogida, y es tan fundamental y sencillo! que debemos poner en ello el máximo esmero y delicadeza; que valoremos el servicio de la acogida, en sacerdotes y laicos, con todo lo que esto implica; que todos se sientan acogidos y nadie se sienta excluido. Se nos ofrecen tantas y tantas ocasiones para ejercer esta acogida, con tantos y tantos momentos para ella, que no podemos desperdiciarlas y no ofrecer el signo

de la verdad del Evangelio de la misericordia. Y junto a la acogida de los alejados que nos llegan, fomentar también iniciativas de acercamiento a los sectores lejanos: ante los alejados no podemos estar esperando que nos lleguen o vengan a nosotros, es necesario emprender y recorrer caminos de búsqueda, de acercamiento, dar el primer paso, para ofrecer y testificar la riqueza de Jesucristo, su persona, su mensaje, su salvación, y allanar los caminos para ello.

Fortalecer la celebración del domingo

48. En este orden de cosas estimo que es un elemento fundamental para la renovación de nuestras parroquias en clave evangelizadora y para proporcionar el soporte necesario y constante a la iniciación cristiana de las nuevas generaciones, el que impulsemos en toda la comunidad cristiana la celebración del domingo como momento culminante de la vida cristiana: son muchas las cosas que en este terreno cabe hacer ahondando y sacando las consecuencias de la Carta Apostólica *Dies Domini* de san Juan Pablo II sobre la santificación del domingo; soy consciente de las dificultades, pero también estoy convencido de que son muchas las iniciativas que podemos emprender; lo cierto es que la santificación y recuperación del domingo cristiano es uno de los aspectos que mejor contribuirán a la superación de la secularización, a la consolidación de la vida cristiana y al impulso evangelizador y misionero.

Dar prioridad a la catequesis

49. Uno de los elementos básicos para lanzar a la diócesis por los caminos de la evangelización y de una pastoral renovada de iniciación cristiana es la catequesis. He observado cómo en todas las parroquias se lleva a cabo la catequesis, sobre todo con los niños en los años anteriores a la primera comunión, y con los adolescentes con ocasión de la preparación al sacramento de la Confirmación. Pero sin quitar nada a lo mucho de bueno que hay en la catequesis en nuestra diócesis, ni del esfuerzo que se desplegó aquí en favor de la catequesis en momentos que todos tenéis presentes, ni del alto número y de la generosidad e interés de los catequistas, creo que, estaréis conmigo, podemos mejorarla, hacer más por ella, invertir más en ella, conforme a las directrices de la Iglesia para esta función tan vital, acompañarla más de la comunidad cristiana, e insertar a su lado otras actividades de educación cristiana en tiempo libre, sobre todo en la infancia y más aún en la infancia adulta.

Es preciso que pongamos mucho empeño y que despleguemos grandes y generosas energías en la formación de catequistas; tendremos que revisar y potenciar nuestras escuelas de catequistas parroquiales, arciprestales o zonales y ofrecer orientaciones y materiales adecuados para ello. Habríamos de ofrecer a los catequistas en las parroquias, arciprestazgos, vicarías, y diócesis actividades de encuentro con Dios: retiros, ejercicios espirituales, convivencias. Necesitamos instrumentos catequéticos. Hay que utilizar el Catecismo de la Iglesia católica y los Catecismos de la Conferencia Episcopal

Española o los materiales, por ejemplo, para la infancia adulta o la preadolescencia aprobados en nuestra diócesis: éstos son los únicos materiales aprobados en nuestra diócesis y éstos han de ser los utilizados en nuestras catequesis, y no otros.

Necesitamos en nuestra diócesis una catequesis para una Iglesia en estado de misión y dentro de un proyecto de pastoral de iniciación cristiana integral renovada que ayude a los cristianos a asumir el bautismo y a favorecer la identidad cristiana, que ayude a vivir y confesar la fe de la Iglesia en nuestro mundo; que lleve a emprender el camino de la misión al mundo y capacite para una presencia real, efectiva y confesante de los cristianos en la vida pública.

Instituir el catecumenado diocesano en sentido estricto y propiciar otras iniciativas para el catecumenado de adultos y jóvenes bautizados

50. Con constancia y sin desaliento, no fijándonos tanto en los números, trabajemos por implantar en la diócesis el catecumenado bautismal en su sentido estricto como institución diocesana al servicio de la iniciación cristiana para los no bautizados, o instaurar el catecumenado en su sentido más amplio en buena parte de las parroquias para los jóvenes y adultos que abandonaron la fe o la viven débilmente, donde los cristianos sean conducidos al redescubrimiento integral de la vida cristiana y a la conversión personal, de manera que se integren de verdad a la comunidad espiritual y sacramental que es la Iglesia. En este orden de cosas, sin magnificar ni absolutizar, sí que os pido a todos que no tengáis reserva alguna al Camino Neocatecumenal que, ciertamente, es

un carisma del Espíritu a la Iglesia en estos tiempos para la reiniciación cristiana. No es el único camino, pero sí que es un camino, al que habremos de ayudar o cuando menos no podemos obstaculizar. Es un don de Dios. Caben otros caminos de reiniciación cristiana, por supuesto, y habrá que crearlos, secundando la acción del Espíritu, pero lo que no podemos es quedarnos cruzados de brazos o agarrotados.

Iniciativas diversas para la formación de laicos

51. Pongamos en marcha iniciativas encaminadas a la formación de laicos, donde, sobre todo, los jóvenes, se preparen para su acción apostólica y misionera en el mundo y por medio de las instituciones del mundo, como son la familia, la profesión, la intervención en las responsabilidades sociales, culturales y políticas. Tenemos el Instituto Diocesano de Ciencias Religiosas o Escuela diocesana de Pastoral, el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de nuestra Facultad o de la Universidad Católica u otras iniciativas diocesanas emprendidas o por emprender pueden ser instrumentos valiosos para este fin. A todas estas iniciativas e instituciones habrá que darles una fuerte carga evangelizadora.

Impulsar grupos, movimientos e iniciativas evangelizadoras

52. Habremos de impulsar grupos y movimientos que son netamente evangelizadores, por carisma y por historia: los Cursillos de Cristiandad, la Acción Católica, el Camino Neocatecumenal, la Legión de María, Los Retiros de Emaús,

otros nuevos movimientos. No tengamos miedo a estos movimientos, nuevos y tradicionales, pero que son en su entraña más viva, misioneros. En nuestra diócesis están surgiendo iniciativas evangelizadoras, grupos que se sienten llamados a la evangelización en su sentido más estricto y a ayudar a otros en la misión evangelizadora que, en mi responsabilidad de pastor de la diócesis, aliento y bendigo. Habrá que propiciar las misiones parroquiales, o la misión en la universidad o en otros aspectos: lo que sea, alentado por el Espíritu, pero para imprimir en toda la diócesis como un gran movimiento y embarcarla a toda ella y en todos sus campos en ese movimiento de evangelización. Habrá que potenciar iniciativas nuevas para evangelizar, por ejemplo, peregrinaciones y encuentros de jóvenes, presencia en los medios de comunicación, en el mundo de la cultura a través de foros, conversaciones, diálogos, presencias nuevas en el mundo del arte y de la música... Es necesario que la fe suscite en nosotros la creatividad, pero no podemos encogernos ni replegarnos a los cuarteles de invierno. Consideramos todo ello tan importante e imprescindible que, en la organización diocesana, el de la Delegación o Secretariado de Misiones se ha ampliado a "Misiones y Evangelización", con el objeto de potenciar y coordinar en la diócesis iniciativas evangelizadoras y fortalecer en toda la comunidad diocesana la urgencia de la evangelización.

Pastoral que urja a la conversión

53. Aunque resulte repetitivo y "machacón", quiero subrayar que una nueva evangelización requiere una pastoral que urja

a la conversión. Esto supone que es inaplazable centrar nuestro esfuerzo pastoral en el anuncio y trasmisión de los contenidos más centrales del Evangelio de Jesucristo: la persona y el misterio de Jesucristo en toda su integridad, el reconocimiento de la soberanía y de la paternidad de Dios, la esperanza de la vida eterna, la donación del Espíritu Santo y la gracia, la redención y el perdón de los pecados, la sabiduría de la Cruz, la regeneración de la persona y de la vida, la práctica del amor fraterno como norma y distintivo del comportamiento cristiano, las bienaventuranzas, el decálogo. Tendríamos que ser capaces de una predicación misionera centrada en lo esencial, apta para nuestros conciudadanos, sobre todo los jóvenes. Anunciar el Evangelio de Jesucristo sin componendas ni cesiones a la moda: no se trata de anunciar lo que a veces los hombres de hoy parecen querer oír y que les halaga, sino lo que Dios quiere que les digamos y que Él mismo nos ha confiado, precisamente para entregarlo y no silenciarlo.

Desarrollar la conciencia misionera

54. Muy relacionado con lo anterior, inseparable sin duda de todo ello y para que nuestra diócesis, en esta etapa de su historia, recobre su fuerza y capacidad evangelizadora, es la exigencia de desarrollar la conciencia misionera de todos, de los sacerdotes, de los seminaristas, de las personas consagradas, de los fieles. Animar en las parroquias y comunidades cristianas, en los grupos y asociaciones apostólicas, el espíritu misionero universal. Es preciso potenciar esta conciencia misionera eclesial, de la misión *ad gentes*, en todos, tanto en los sacerdotes y consagrados

como en los laicos. Nos sentimos urgidos a una animación misionera vigorosa en nuestra diócesis. Es preciso despertar esta responsabilidad en todos los miembros del Pueblo de Dios y hay que tratar de formarlos para que puedan asumirla y ejercerla según su vocación y carisma. Sería muy deseable y recomendable que se crease en cada parroquia, en conexión con el Secretariado de Misiones y Evangelización, un grupo misionero responsable de la acción misionera de la comunidad, de promoción de vocaciones misioneras, de oración, de cercanía, ayuda, apoyo y atención a las misiones y a los misioneros, particularmente aunque no de manera exclusiva de los que tienen que ver con Valencia, también para recoger fondos y ayudas económicas para este fin.

Dios llama a la diócesis de Valencia a las misiones

55. No podemos dudar que Dios llama a la Iglesia que está en Valencia, de una manera muy fuerte, a las misiones. El número de sacerdotes, consagrados y laicos de nuestra diócesis que están sirviendo a la Iglesia en las misiones es alto. Pero últimamente Dios nos pide más. Dios nos ha regalado mucho, sobre todo, en sacerdotes, porque quiere de nosotros que vayamos donde Él nos pide y envía: a las misiones. Os confieso que, desde que he llegado a esta diócesis, he sentido esa llamada que se me ha confirmado tan vivamente con mi visita este verano a varias diócesis o vicariatos de Hispanoamérica donde están misionando misioneros valencianos, de la diócesis: lo que allí he visto y oído, las llamadas exteriores e interiores que he experimentado son muy fuertes. Aquellos días pasaron por mí muchas cosas;

pero no se trata de lo que pasó simplemente por mí, sino de lo que todo ello estaba significando como confirmación de toda una serie de hechos, de signos, de llamadas que venían sucediéndose en los meses anteriores, contrastadas con no pocas personas de nuestra diócesis, con los miembros del Consejo del Presbiterio, e, incluso, con otras personas con especiales responsabilidades en la Iglesia. De todo ello, surge la llamada a asumir o colaborar con unos Vicariatos Apostólicos, por ejemplo, los que tantas veces hemos repetido: Requena y san José del Amazonas, en Perú o la diócesis de Copiapó, en Chile, a la que tantos sacerdotes valencianos han servido y sirven espléndidamente..., sin abandonar para nada nuestra presencia en otros lugares donde se encuentran nuestros misioneros.

El que la Santa Sede pueda encomendarnos, tal vez en fecha no lejana, a nuestra diócesis de Valencia algún territorio de misiones es un gran don de Dios, un regalo más suyo, que habrá de exigir de todos nosotros generosidad, gran sentido de Iglesia y amor a ella, valentía y fe, caridad evangélica y anhelo de dar a conocer a Jesucristo, pasión por el hombre y tantas y tantas cosas que están implicadas en la misión. Hemos de prepararnos para esto, todos, no solo los sacerdotes, y hemos de sentir esto como cosa de todos, que a todos nos implica y compromete de diversas maneras.

Pidamos que Dios prepare nuestros corazones para esta misión. Acarreará esta misión, sin duda, notables transformaciones en nuestra diócesis, tendrá repercusiones en nuestro presbiterio, en la distribución de los sacerdotes en las tareas pastorales de aquí, en el seminario y en la formación

que éste habrá de proporcionar a los futuros sacerdotes, en la corresponsabilidad de los laicos y de la vida consagrada, en la solidaridad económica con esa porción del pueblo de Dios que se nos encomiende a toda la diócesis, en tantas y tantas cosas. Todo será para nuestro bien, se fortalecerá la comunidad diocesana: la fe se fortalece dándola, la vida de una comunidad se fortalece dándose y comunicándose la comunidad a otras comunidades y en favor de otras comunidades, habrá un nuevo impulso a una pastoral decididamente misionera, un renovado vigor evangelizador del que saldrán beneficiadas nuestras comunidades de aquí, habrá más vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada: a Dios nunca le ganaremos en generosidad. Hagamos nuestra la llamada de Jesús y roguemos al Dueño de la mies.

Estemos muy cercanos a nuestros misioneros y ayudémosles

56. Pero antes y al mismo tiempo, tengamos muy en cuenta a nuestros misioneros y misioneras que están en diversos lugares de los distintos continentes. Sintámonos muy cercanos a los sacerdotes misioneros de la diócesis; no los dejemos, a ninguno. Sintamos como propios los lugares donde ellos trabajan. Solamente he conocido a nuestros misioneros en Copiapó, Santiago de Chile, Lima, El Callao, Portoviejo. Es admirable la misión, lo que nuestros sacerdotes misioneros están haciendo allí; uno se siente orgulloso, con sano orgullo, de ellos y de los que han estado antes; es inmenso el trabajo que allí hay; son grandísimas las necesidades. Todo desde allí es llamada de Dios para que les ayudemos, porque Él desde

aquellas gentes que carecen de tanto y tan fundamental, es su clamor mismo el que nos llega a nosotros. Necesita de nosotros para que llevemos allí la Buena Noticia de su amor misericordioso y de buen samaritano.

Es necesario avivar la conciencia misionera en toda la diócesis y de vivir la misión como obra propia. La Delegación o Secretariado diocesano de Misiones y Evangelización va a poner en marcha diversas iniciativas encaminadas a esa animación misionera en toda nuestra diócesis y en los diversos sectores de población. Secundémosla con apertura de corazón. No nos cerremos ante esta llamada que el Señor nos dirige, y que, además, es una señal más de su amor.

Jóvenes misioneros

57. Propiciemos también, como ya viene haciéndose, el que jóvenes de nuestra diócesis pasen temporadas en aquellos lugares de misión *ad gentes* como verdaderos misioneros, con espíritu misionero, no como turistas. Este verano he tenido ocasión de comprobar en Ecuador con un grupo de jóvenes, acompañados de un sacerdote, lo grande y beneficioso que resultan estas experiencias misioneras de un mes, o de más tiempo, tanto para el lugar donde van, como para los propios jóvenes que van allí; me han edificado. Otros grupos de jóvenes, me consta, han ido a otros lugares, con la misma experiencia y con el mismo testimonio y beneficio. Habría que propiciar igualmente que nuestros seminaristas antes de ordenarse sacerdotes dediquen un tiempo a las misiones: su formación se verá enriquecida y fortalecida. Este tema misional y misionero de nuestra diócesis

también habremos darle un especial espacio y realce en nuestro próximo Sínodo diocesano.

El presbiterio de Valencia, un verdadero regalo de Dios

58. No puedo dejar de referirme directamente, en este recorrido rápido sobre algunos aspectos concretos y necesidades, a los sacerdotes. Lo reconocí siempre: el presbiterio de nuestra diócesis es un verdadero regalo de Dios, un don de su gracia a la Iglesia que peregrina en estas tierras valencianas que conforman nuestra diócesis. Siempre, todos los días doy y debemos dar gracias todos a Dios por nuestro presbiterio, no sólo por el número y por la juventud relativa del mismo, sino, ante todo, por la cualidad sacerdotal y eclesial de todo su conjunto. Aprecio con gozo agradecido la buena salud de nuestro presbiterio.

Fortalecer la vida espiritual de los presbíteros

59. Por ello, justamente, habrá que intensificar todavía más y fortalecer la espiritualidad de los presbíteros, el cuidado de los sacerdotes, la atención y solicitud por ellos. La creación de una Vicaría Episcopal quiso ser un signo y un deber que el Arzobispo y toda la iglesia diocesana habremos de prestar especialísima atención, afecto y solicitud por todos los sacerdotes. Se están dando pasos, por ejemplo en los encuentros o reuniones del así llamado “reencuentro Sacerdotal” que hemos tenido en el curso pasado. El papa san Juan Pablo II, hace ya unos años, nos regaló a toda la Iglesia

la Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*. Y el papa Francisco, recientemente, nos ha regalado una Constitución Apostólica con un plan de formación sacerdotal, y otros de otros Papas, habrán de ser los documentos del Magisterio que nos guíen e iluminen en nuestro próximo Sínodo que habrá de ocuparse necesariamente de este importantísimo y principal tema.

La formación permanente y la atención de los sacerdotes

60. Entre otras cosas, la Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis* y el Plan de Formación sacerdotal nos invitan a la formación permanente. Seguir propiciando, como se ha hecho hasta ahora, la interiorización de estos documentos y cuidar la formación permanente de todo el presbiterio, especialmente de los jóvenes sacerdotes ordenados los últimos cinco años es algo a lo que debemos dedicar todo lo que sea necesario. También nuestra atención especial y agradecida habrá de volcarse con los sacerdotes mayores en todos los aspectos que requieran sin escatimar nada; también con la ampliación y acomodación, para una residencia sacerdotal, el Convento *Corpus Christi* que fue una fundación de Carmelitas Descalzas; pero, sobre todo, con la atención y afecto personal, a cada uno de ellos, en los que tanto tenemos que mirarnos los sacerdotes por su ejemplaridad y su entrega sacerdotal.

Se necesitan más sacerdotes. Potenciar la pastoral vocacional

61. Nuestro presbiterio, gracias a Dios, es numeroso. Pero la diócesis de Valencia necesita más sacerdotes, si no fuese por los más de 120 sacerdotes que vienen de otros países a proseguir y ampliar estudios, la diócesis no podría atender a necesidades mínimas: necesita más sacerdotes para atender a lo que tenemos sin que disminuya en efectividad, para atender a las nuevas necesidades que nos llegan ante los cambios y transformaciones demográficas, sociales y culturales de nuestra diócesis, para poder atender a las demandas que nos llegan de otras diócesis españolas, de la Conferencia Episcopal o de la Santa Sede, y para atender a las necesidades a las que vamos a tener que responder en seguida en las misiones y al asumir nuevas responsabilidades misioneras. Si queremos, por lo demás, que haya un laicado comprometido en la obra evangelizadora de la Iglesia, es necesario que se multiplique el número de los sacerdotes.

Por ello, no podemos bajar la guardia: el que este año, por ejemplo, haya un número significativo, en el conjunto de diócesis españolas, de ingresos en el Seminario Mayor, no debe conducirnos a dormirnos en el terreno de la pastoral vocacional. Al contrario, hemos de potenciar más y más esta pastoral, que no es algo sectorial, una parte más de la acción eclesial, sino que tiene que ver, en el fondo, con todo; habremos de fortalecer el equipo del Secretariado diocesano de Pastoral Vocacional, trabajar muy en conjunto con los Seminarios, la Delegación de Juventud, los movimientos

de infancia y de jóvenes, con otros organismos de la Iglesia orientados a la formación cristiana de las nuevas generaciones, como la catequesis, la escuela, la enseñanza religiosa, las actividades de educación cristiana de tiempo libre, o con la pastoral familiar.

La vocación hay que proponerla y ofrecerla de manera explícita: hay que llamar personalmente, sin ningún complejo, porque algo bueno a lo que llamamos en el nombre del Señor, esto no coarta la libertad sino que la estimula. Claramente hay que mostrar que merece la pena ser sacerdote, entregarse al Señor para consagrarse plenamente al servicio de los hombres como pastores. Confieso que, la alegría sacerdotal con que viven nuestros sacerdotes su sacerdocio, su esperanza y tantas cosas, es un aliento insustituible para los niños y jóvenes; si no fuera por el gozo sacerdotal que transparentan nuestros sacerdotes, su decir con obras y palabras que merece la pena ser sacerdotes, no habría tantas vocaciones sacerdotales; éste es, quizá, uno de los secretos de la pastoral vocacional en nuestra diócesis; por eso atender a los sacerdotes, cuidar el presbiterio, formar bien en nuestros seminarios es necesarísimo para que haya nuevas y abundantes vocaciones sacerdotales.

Reconozco que una de las cosas que más me ha impresionado al llegar a Valencia es la respuesta vocacional de jóvenes y niños. Prosigamos ese camino.

Habrà de favorecer también, en la acción pastoral, la dirección y el acompañamiento espiritual, la confesión sacramental, la formación para la oración y la oración personal, el diálogo con

cada uno, porque sólo de ese diálogo tú a tú con Dios, con un sacerdote, con un formador... surge la vocación o se alimenta.

Orar por las vocaciones

62. En esto estamos comprometidos todos; a todos os pido vuestra ayuda total. En esto nos jugamos mucho. Un elemento fundamental e imprescindible es la oración constante y ferviente por las vocaciones sacerdotales: orar en todas y cada una de las Eucaristías que se celebran diariamente en nuestra diócesis, con preces especiales en la oración de los fieles, incluidas también en la oración de la Liturgia de las Horas; con vigiliias de oración al menos una vez al mes ante el Santísimo en las parroquias; es preciso orar mucho por esta intención: la vocación es un don de Dios y hay que pedirla al Dueño de la mies.

63. Dios nos ha bendecido con abundantes vocaciones en tiempos de secularización y también nos ha bendecido con el Seminario que tenemos. Hay que decir que este Seminario que tenemos es también uno de los elementos fundamentales para esta pastoral vocacional, porque la formación que ahí viene impartándose contribuye a que tengamos el presbiterio que tenemos y, además, por su identidad y claridad en sus objetivos y contenidos, en su pedagogía, en su eclesialidad, en su formación espiritual e intelectual, se hace atrayente para quienes se sienten "tocados". Pido a todos que sintáis muy cerca al Seminario, que roguéis por él, colaboremos con él en todos los aspectos que necesite con ilusión, afecto y esperanza.

Atención a los sacerdotes, formación sacerdotal, Seminarios y pastoral son cuestiones principales que hará de abordar nuestro próximo Sínodo diocesano.

La evangelización de los jóvenes: cuestión principal y urgente

64. Como en el resto de las diócesis españolas, como en casi todo el mundo, también en la nuestra, he podido comprobar la grave cuestión de la evangelización de los jóvenes. Es cierto, y esto debe llenarnos de gozo y esperanza, que en la diócesis de Valencia estáis trabajando mucho y bien en este campo: la amplia y meritoria labor, bendecida por Dios, de la Delegación diocesana de Pastoral de juventud durante ya bastantes años está dando sus frutos; es mucho y bien lo que aquí se ha trabajado a lo largo de varios lustros. Es necesario proseguir sin desmayo y con todos los apoyos por ese camino. Hay que también reconocer la espléndida tarea que se ha desplegado con los jóvenes de Acción Católica, completado con el trabajo con los niños, con los Juniors, con los Scouts o con otros movimientos como diversos carismas o en colegios. Es gozoso comprobar cómo se ha trabajado por los Encuentros Mundiales de la Juventud con el Papa, o con otros encuentros nacionales de jóvenes, y la huella que han dejado. Todo esto nos muestra que estamos en buen camino, y que, aunque difícil, es posible trabajar con los jóvenes, y no podemos desmayar. Es necesario imprimir un nuevo dinamismo a la pastoral de juventud en nuestra diócesis.

Vayamos a los jóvenes alejados.

Los jóvenes evangelizadores de los jóvenes

65. No podemos contentarnos con lo que tenemos que, como digo, es mucho y bueno. Aquí vale recordar aquellas palabras de Jesús referidas en general: "Tengo otras ovejas que no están en este redil". También en Valencia tenemos otros muchos jóvenes que no están dentro de la Iglesia, que se han alejado de ella o están lejos de ella. No hay encuentro con matrimonios que no salga su preocupación por sus hijos, el miedo y pavor que tienen ante el ambiente que devora a sus hijos; no hay reunión con educadores, con profesores y maestros, que no muestren sus preocupaciones y perplejidades ante los jóvenes de hoy, como tampoco hay reunión pastoral con los sacerdotes que no salga el tema de los jóvenes, y casi siempre señalando las dificultades pastorales que encuentran con ellos. Hay una juventud difícil, pero también hay una juventud buena, que reclama ser comprendidos, queridos como son, que se tenga confianza en ellos, que no se les rechace, buscan a Dios, este mundo no les llena, son frágiles a veces pero saben tienen un corazón grande y abierto a Jesucristo.

Hay también una porción amplia de juventud que, en efecto, está alejada y vive inmersa y como dominada por una cultura y una mentalidad que les va vaciando por dentro. Muchas veces no sabemos cómo actuar; pero sí somos conscientes que es necesario actuar y propiciar una pastoral evangelizadora y educativa adecuada a ellos. No cabe ninguna postura derrotista. Habremos de intensificar en las parroquias la

formación de jóvenes, habremos de propiciar aquellos movimientos y realidades eclesiales, grupos y comunidades, que tienen fuerza entre los jóvenes y que los lleva a Jesucristo, a seguirle, que los hace cristianos. Habrá que desarrollar un ininterrumpido esfuerzo de coordinación pastoral que responda claramente a un planteamiento evangelizador y de iniciación cristiana. En este sentido pido a todos los que trabajan en el ámbito de la enseñanza, como profesores de religión o como escuela católica, a que se apresuren a trabajar y coordinarse, en la diócesis, en una pastoral de juventud clara y decididamente según los criterios de la Iglesia, los que con tanta claridad como fuerza evangélica y espiritual nos ha mostrado el papa san Juan Pablo II, el gran evangelizador de los jóvenes del siglo XX y del XXI y recientemente el papa Francisco con su Exhortación post sinodal dirigida a los jóvenes y a los que con ellos trabajan pastoralmente.

Alentar asociaciones, movimientos y grupos de jóvenes

Habrá que alentar las asociaciones y movimientos, los grupos de jóvenes cristianos que tanto bien y tanta fuerza y vida están mostrando con nuestra juventud; suscitar nuevos si fuera preciso. Siempre desde la comunión eclesial, que es comunión en la diócesis. El Espíritu está manteniendo movimientos tradicionales en la Iglesia con renovado vigor y escuchando su voz, como nuestros jóvenes de Acción católica, o suscitando nuevos movimientos. Él es el que lleva la Iglesia; secundemos su acción; no nos cerremos a su acción. Con ilusión y esperanza, con fe y confianza en el

Señor de la Iglesia y de nuestras vidas, nuestra diócesis ha de proseguir el camino que lleva, pero también se ha de aprestar a trabajar con renovadas fuerzas y con todo empeño, con garbo y juventud, en este campo pastoral tan querido donde está el futuro de la Iglesia y de la sociedad. La Iglesia, la diócesis de Valencia, necesita contar con la generosidad, el deseo de justicia y de paz, y la capacidad de entrega de una juventud cristiana libre, valiente, decidida, esperanza y evangelizadora.

Otro campo prioritario: la familia. Pastoral familiar

66. Junto al tema de la juventud no puedo dejar de referirme al de la familia. Mucho depende el futuro de los jóvenes, de la realidad de la familia; y mucho depende el futuro de la familia de la realidad actual de los jóvenes. Es este un campo prioritario. La familia ha sido siempre, en expresión de san Juan Pablo II, el “camino de la Iglesia” y hoy sigue siendo cauce principal de evangelización; el debilitamiento cristiano de la familia ha acarreado el debilitamiento de la Iglesia y la pérdida de fuerza en la trasmisión de la fe. Para que siga siendo ese camino y ese cauce es preciso cuidar y fortalecer la pastoral familiar, la evangelización de las familias, en nuestra diócesis. Esta pastoral merece una atención preferente por parte de todas las instituciones de Iglesia. Entre ellas, las parroquias deben tener en cuenta en todas sus acciones la dimensión familiar.

Doy gracias a Dios por la fuerza que todavía mantiene la familia cristiana en toda nuestra diócesis; es una riqueza que debemos

mantener y aumentar, en modo alguno dilapidar; aún estamos a tiempo. Reconozco así mismo todo el peso y la rica trayectoria de los movimientos familiaristas: Los Equipos de Nuestra Señora, el Movimiento Familiar Cristiano, los Encuentros Conyugales y otros movimientos, como las Asociaciones Católicas de Padres de Alumnos y la labor realizada en favor de la familia por otros movimientos apostólicos que sin tener esa finalidad como rasgo específico, sin embargo han hecho y están haciendo mucho en favor de la familia.

Es mucho lo que hay que hacer en este campo, máxime con todo lo que se viene encima y frente a la familia. La Delegación diocesana de Familia y Vida tiene una espléndida trayectoria y piensa en unos buenos proyectos. Ella ha de ser, junto con las parroquias y los movimientos, la gran alentadora y coordinadora de la pastoral familiar en nuestra diócesis. Para eso habrá de aplicar a nuestra diócesis las orientaciones de esos grandes documentos, difícilmente mejorable, hoy unidos, que son la Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio* de san Juan Pablo II, o su *Carta a las familias*, y *Amoris Laetitia* del papa Francisco y otros documentos de la Santa Sede; también habremos seguir y secundar muy de cerca las orientaciones y directrices de esa espléndida Instrucción Pastoral de la Conferencia Episcopal, "La Familia, santuario de la vida", de los pasados años, y el Directorio de Pastoral Familiar de la Subcomisión Episcopal para la Familia.

Entre tanto llegan, saquemos y asimilemos bien estas orientaciones, y se elabora un plan global de actuación diocesana en este campo, seguiremos potenciando los cursos prematrimoniales, la formación de agentes para la Pastoral

Familiar, la difusión y aplicación de los materiales de la Delegación diocesana, los Movimientos de pastoral familiar. Un campo en el que hemos de dar pasos importantes y decididos es en la creación de uno o más Centros diocesanos de Orientación Familiar, como en la creación de Centros para la paternidad responsable con la difusión de los métodos naturales, de iniciativas para la defensa de la vida y, de modo particular el Instituto Juan Pablo II sobre el matrimonio y la familia en su nueva andadura que tendrá, sin duda, una gran y fecunda repercusión en toda la pastoral diocesana. Este tema de la familia, como ya he dicho, será una de las cuestiones importantes sobre la que habrá de reflexionarse en el próximo Sínodo diocesano.

La nueva evangelización depende en gran medida de los fieles cristianos laicos: promover la misión de los laicos

67. La nueva evangelización que nos urge, a la que Dios nos apremia, subrayo una vez más, está muy en manos de los fieles cristianos laicos. Por su vocación específica, que los coloca en el corazón del mundo y al frente de las más diversas tareas temporales, son particularmente llamados a llevar a cabo la renovación de nuestro mundo, de la humanidad. Si no contamos con un laicado evangelizado y evangelizador no habrá Iglesia que evangelice. Y esto, no tanto por la escasez de sacerdotes, cuanto por la propia y específica vocación de fieles cristianos inmersos en el mundo. Al igual que en los primeros tiempos, ahora están llamados a propagar la fe en Cristo por todas las partes. Los Apóstoles

dirigían la misión, pero no sólo ellos la llevaron a cabo; los simples cristianos, los “cristianos de a pie”, de la profesión o condición que fuesen, llevaron el Evangelio a donde aún no habían llegado todavía los enviados “oficiales” de las comunidades establecidas.

Sin la mediación de los cristianos laicos es imposible la obra de evangelización; ellos llegan con toda naturalidad donde no podemos ni llegaremos nunca los obispos o los sacerdotes. Y, sin embargo, en esos lugares está en juego la evangelización. Desde aquí hago a todos los fieles cristianos laicos una llamada apremiante y urgente a que se unan, sin ningún temor, a la obra de la evangelización. Su tarea primera e inmediata es poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo. El campo propio de su actividad evangelizadora es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como de otras realidades abiertas a la evangelización como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento... Cuanto más seculares haya impregnados del Evangelio, responsables de estas realidades y claramente comprometidos con ellas, competentes para promoverlas y conscientes de que es necesario desplegar su plena capacidad cristiana, tantas veces oculta y asfixiada, tanto más estas realidades estarán al servicio de la edificación del Reino de Dios y, por consiguiente, de la salvación en Cristo Jesús (Cf. Pablo VI. *EN*), y, en consecuencia, de hacer mejor nuestro mundo.

Es hora de actuar y de aportar la savia renovadora del Evangelio para recomponer el tejido social y moral de nuestro pueblo. Los seglares tienen la principal parte. Es su hora.

Pido a toda la Iglesia diocesana a que, con la fuerza de la gracia de Dios, hagamos un esfuerzo decidido por promover la corresponsabilidad y participación de los seglares dentro de la vida y misión evangelizadora de la Iglesia en conformidad con sus caracteres específicos de existencia cristiana. Es necesario que con toda claridad y decisión nos propongamos ayudar a que nazca y se potencie un laicado maduro y comprometido en las realidades temporales, sin el que la Iglesia no podrá aparecer como luz y sal de la tierra. Apremia el que los hombres crean. Apremia el que mundo nuestro sea renovado con hombres nuevos. Por eso, invito con todas mis fuerzas a la comunidad cristiana, especialmente a los sacerdotes, a que hagan un llamamiento vigoroso a los cristianos laicos a que se incorporen al apostolado activo.

Promover el apostolado individual de los laicos

68. Primeramente a un apostolado individual, porque éste es la forma principal de todo el apostolado de los laicos. Se trata de una irradiación capilar constante y particularmente incisiva en el entorno en que el laico cristiano desarrolla su vida: el ámbito familiar, el del trabajo, el de las relaciones sociales, el del esparcimiento... De este apostolado individual nadie debe sentirse exento. Pero esto es insuficiente para la obra evangelizadora de la Iglesia.

Promover el apostolado asociado de los laicos

Se necesita un apostolado asociado, máxime en esta hora tan compleja que estamos viviendo. Por ello pido y exhorto a las comunidades y a los sacerdotes que inviten a los cristianos laicos a participar en el apostolado asociado, que es signo de la comunión y de la unidad de la Iglesia. No tengamos miedo al apostolado asociado. No veamos en este apostolado ningún riesgo para las parroquias; al contrario son fermento y acicate para su revitalización.

Debemos promover el apostolado asociado. Nuestra diócesis debe poner todo su empeño en ello; la estrecha unión de fuerzas es la única que vale para lograr plenamente todos los fines del apostolado. Debemos promover y favorecer la inserción de los cristianos laicos en los diferentes movimientos apostólicos laicales suscitados por el Espíritu Santo, reconocidos y aprobados por la Iglesia, acompañarlos y proporcionarles los elementos educativos necesarios. No hacer esto sería ir contra el mismo Espíritu Santo que es quien suscita los diferentes carismas de apostolado en la Iglesia ¿Cómo vamos a ir o actuar contra el Espíritu?

Es necesario que nuestra diócesis, a través de la Delegación de Apostolado Seglar y de los responsables diocesanos de los diferentes movimientos, oriente a las parroquias, a los sacerdotes, a los seminaristas, sobre la naturaleza y sentido de los movimientos y asociaciones apostólicas, tanto en la ciudad como en el resto de los pueblos, los más adecuados a nuestra sociedad. Como ya he indicado en repetidas ocasiones, nuestra Iglesia diocesana ha de apoyar y fortalecer

la Acción Católica conforme a las actuales orientaciones de los Obispos. Pero también debemos estar atentos a los nuevos movimientos y caminos que el Espíritu Santo ha suscitado y suscita actualmente en la Iglesia como formas de asociación apostólica y que están siendo una riqueza y un estímulo para la Iglesia; en ellos hay vida.

La Delegación diocesana de Apostolado Seglar y el Consejo diocesano de Laicos: relanzar el apostolado de los laicos

69. A este fin, la Diócesis por medio de la Delegación de Apostolado Seglar y del Consejo diocesano de Laicos, habrá de dar un gran y fuerte impulso a la misión y apostolado de laicos, a su presencia en la vida pública, en el mundo, donde está su lugar principal. Reconociendo todo lo mucho y bueno que se está haciendo ya desde la Delegación y desde los distintos movimientos y asociaciones apostólicas existentes en nuestras diócesis hemos de esforzarnos, con la ayuda de la gracia, y con todo el empeño de que seamos capaces y las fuerzas que Dios nos dé en un relanzamiento del apostolado seglar en nuestra diócesis. A ver, si con el auxilio del Espíritu Santo y con las aportaciones del futuro-próximo Sínodo diocesano, y, con nuestra ilusión y esfuerzo, damos un “empujón” al apostolado de los laicos entre nosotros. ¡Nos urge tanto!

Abundantes iniciativas y proyectos de los laicos de la diócesis

70. He escuchado en estos años de mi servicio episcopal a bastantes seglares, he mantenido encuentros con diversos

grupos y reuniones en las que participaban fieles cristianos laicos de diversas procedencias, pertenecientes a diversas asociaciones apostólicas, con gran sentido de comunión eclesial, con madurez humana y cristiana y todavía juventud, y con muchas ganas de trabajar como cristianos en las realidades temporales y de que se les impulse y se les dé juego para actuar conforme a su condición de tales cristianos en la misión evangelizadora de la Iglesia. Les he oído las interesantes inquietudes, iniciativas y proyectos que traen en el campo cultural, social, político, mediático, familiar, profesional, y hay que ponerse manos a la obra; ellos saben que no he echado en saco roto sus aportaciones y sugerencias. Hay que contar con ellos, les asiste su razón de bautizados, y no podemos en modo alguno defraudarlos. Es muy esperanzador que haya seculares con tales ganas, actitudes e iniciativas.

Promover y alentar la presencia de los católicos en la vida social y pública

71. Muchos fieles cristianos laicos no quieren engrosar, con toda razón, esa inmensa “cofradía de los ausentes” de la inserción cristiana en el mundo. Nadie de la Iglesia, persona o institución debería engrosar esas filas en las que se establece algo tan anticristiano como es la separación de la fe y de la vida, la reducción de la fe a la privacidad. Es preciso impulsar la presencia de los católicos en la sociedad y alentar el testimonio de la caridad cristiana en nuestro mundo. Como señalé antes, los cristianos estamos llamados a ofrecer y hacer presente el gran signo de la caridad en las

realidades del mundo de hoy, o lo que es lo mismo mostrar la fuerza transformadora y renovadora que tiene el Evangelio en las realidades de nuestro mundo y de nuestra historia. En este terreno son abundantes y variadas las llamadas a una presencia cristiana en el mundo que supere la tendencia y la manía a la privatización de la fe a la que se nos quiere reducir y en la que con tanta facilidad se puede caer.

Formar a los católicos en una mayor conciencia social y en la doctrina social de la Iglesia

72. En este sentido, viendo las necesidades de nuestra Diócesis, estimo que es urgente sensibilizar y formar a los católicos en una mayor conciencia social; se trata de una cierta ausencia o carencia que debemos superar. Valencia, sin embargo, ha tenido una excelente tradición e historia en este campo, donde brillan con especial fuerza cardenales, por ejemplo, el cardenal Ciriaco Sancha y arzobispos, como D. Marcelino Olaechea. Es preciso que superemos esto y que impulsemos la formación de los cristianos en la doctrina social de la Iglesia y que la apliquemos. Hay necesidad de descubrir, conocer, vivir y aplicar el magisterio social de la Iglesia, tan rico, abundante, riguroso e importante para la renovación de la humanidad. Se conoce poco esta doctrina social, y, sin embargo, es imprescindible para el testimonio y presencia pública de los cristianos en las realidades de nuestro mundo.

Propiciar medios e instrumentos para formar la conciencia social cristiana conforme al magisterio de la Iglesia

73. Hoy han aparecido nuevos problemas: urge conocerlos y presentar adecuadamente la visión cristiana, la que se deriva del Evangelio, sobre ellos (las cuestiones relacionadas con la vida, con la familia, con la paz, con los desequilibrios ecológicos, con la economía, con la violencia terrorista, con los medios de comunicación social, con la mujer, con la economía y el trabajo, con la política, con las potencialidades de la ciencia, con la globalización, con los derechos humanos...). En este sentido, tanto el Instituto Superior de Ciencias Religiosas, como la Escuela diocesana de formación teológica y pastoral o Instituto diocesano de Pastoral o Ciencias Religiosas que habría que fortalecer, y otras iniciativas, habrían de ofrecer cursos destinados a esta formación en la doctrina social y en la capacitación para su aplicación; habría que ofrecer también esta formación en la doctrina social de la Iglesia, por cauces sencillos de divulgación a través de cursillos y jornadas en arciprestazgos y parroquias, en los movimientos apostólicos; tal vez, incluso, poder ofrecer un master en doctrina social en la Universidad Católica, o, en todo caso, enviar a personas a formarse a través de masters en doctrina social de la Iglesia que están funcionando en otras partes con grandes posibilidades de participación en ellos; también se podría hacer llegar con agilidad a los fieles, y especialmente a los sacerdotes, respuestas con los criterios de la Iglesia sobre problemas que surjan y cuestiones de actualidad necesitadas de valoración y enfoque cristiano.

Medios de comunicación para una formación social cristiana

74. En todo caso habría que aprovechar nuestros propios medios de comunicación —Canal 8, Mediterráneo de TV, COPE, Radio María y los semanarios Paraula y Aleluya—, y ofrecer espacios habituales para esta formación e iluminación de las cuestiones con la luz de esta doctrina social de la Iglesia. En el mismo sentido hay que invitar a que cristianos, formados en este campo, escriban en las publicaciones periódicas del mundo civil o se manifiesten a través de los distintos medios de comunicación en los que sea posible hacerlo. Es preciso generar un gran movimiento de difusión y conocimiento de la doctrina social de la Iglesia sobre los distintos aspectos de nuestro mundo, por otra parte tan ignorada y, tal vez, por eso mismo denostada.

Alentar la presencia de los católicos en la vida pública como parte de la evangelización

75. A partir de aquí se podrán y deberán impulsar acciones e iniciativas tendentes a concienciar, apoyar la presencia y la participación de los católicos en la vida pública como parte de la misión evangelizadora de la Iglesia e inseparable de ella: la familia, la educación, la cultura, la política, la economía, la sanidad... Para ello, se podrían organizar encuentros con profesionales, diversos foros de debate y diálogo donde se dé a conocer la visión cristiana de toda esa gama tan rica y plural de realidades y situaciones.

Potenciar Cáritas diocesana y Cáritas parroquial

76. Todo ello sin disminuir ni un ápice, más bien todo lo contrario, la obra llevada a cabo por la diócesis a través de Cáritas diocesana y de las Cáritas parroquiales, en cuanto cauce institucional por el que la Iglesia despliega el ejercicio de la caridad teologal. Es necesario potenciar Cáritas diocesana, aplicar enteramente sus nuevos Estatutos, perfilar todavía mejor sus fines y su identidad, generar en cuantos trabajen en ella una gran ilusión que brota de la fe y del sentirse miembro de la Iglesia y actuar con ella en favor de los más pobres, y para hacer presente la caridad de Cristo, abrir nuevos campos en la atención a la pobreza y a las pobrezas. Habrá que intensificar la formación de la conciencia de los cristianos para que actúen conforme a la caridad teologal y en virtud de ella; temo que ante una sociedad tan organizada en sus servicios sociales, los cristianos pierdan de vista que la caridad es el “alma” del actuar de los cristianos, y que su ejercicio es absolutamente imprescindible. En las parroquias hay que alentar la conciencia de que todos sus miembros están llamados a implantar la caridad en nuestro mundo y en las relaciones con los pobres y marginados, una conciencia que nos tranquilice con la aportación económica en alguna de las colectas. Habrá que potenciar, o en su caso crear, la Cáritas en cada una de las parroquias, o asociándose parroquias en Cáritas interparroquiales; no podemos, por lo demás, dejar toda la vida de caridad de las parroquias en las manos de unos pocos y generosos cristianos que pertenecen a Cáritas. Es preciso también formar a cuantos colaboren de modo especial y permanente con Cáritas en el espíritu y en la identidad que le son propias.

**Cáritas ni puede ni pretende agotar
la atención a los pobres y a las pobrezaas.
Coordinación de la acción caritativa y social**

77. Cáritas, por lo demás, no pretende agotar todo lo que es la atención a los pobres y pobrezaas de la sociedad. Hay también otras instituciones e iniciativas eclesiales que también se dirigen a servir a Cristo en los más pobres —como Manos Unidas, Conferencias de san Vicente Paul, órdenes o carismas de vida consagrada al servicio de los pobres y de los que sufren—. Con todas ellas y Cáritas, la Delegación diocesana de Caridad y Acción Social, habrá de llevar a cabo una tarea de coordinación y potenciación mutua, en orden a que la Iglesia, en sus comunidades, parroquias, grupos e instituciones, se muestre cada día con mayor fortaleza y vigor en la caridad, como expresión de su vitalidad evangélica. En este orden de cosas no podemos olvidar que nuestra caridad se ha de extender a todos: a los cercanos y a los lejanos, a las pobrezaas nuevas y viejas que tocamos todos los días entre nosotros, y a las pobrezaas del Tercer y Cuarto Mundo, que tal vez, nos resulte lejano, pero cuyo clamor nos llega y toca muy cerca.

La pastoral de inmigrantes

78. Una atención especial, sobre todo teniendo en cuenta la realidad actual y el crecimiento grande que va a experimentar en el muy inmediato futuro, merece la inmigración. Es un fenómeno nuevo y complejo que nos ha cogido como desprevenidos y que no se sabe todavía muy

bien qué hacer. No es mero fenómeno asistencial ni reclama únicamente una actuación en los campos económicos o de legalización de situaciones. Es un problema humano y pastoral en el que la Iglesia, la diócesis de Valencia, ha de estar muy presente. Hay que tomar iniciativas de ayuda, promoción e integración de los inmigrantes. Por ello mismo, hay que ofrecer en este vasto campo de la inmigración la presencia eclesial y cristiana, siempre evangelizadora, que se ocupa de las personas en su realidad completa, de su fe, y les ofrece lo que tenemos, nuestra riqueza que nos es otra que Jesucristo. El Secretariado diocesano para la pastoral con los inmigrantes está elaborando planes y proyectos que tendremos que aplicar ya, en seguida. Habría, tal vez, que realizar diversas jornadas y cursos para la sensibilización y la actuación eclesial de los cristianos con nuestros hermanos inmigrantes. Quiero hacer, desde aquí, una llamada a toda la diócesis y a todas las parroquias para que como Iglesia nos ocupemos claramente y con toda decisión de esta realidad.

Valencia es una ciudad “cultural”.

Presencia de la Iglesia en el ámbito de la cultura

79. En este breve recorrido por diversas situaciones concretas de nuestra Iglesia diocesana para preparar el próximo Sínodo diocesano y sugerir actuaciones pastorales, no puedo dejar de tener en cuenta la historia y las raíces de Valencia, raíces cristianas, y el significado histórico y cultural de Valencia, así como el papel que en ello ha jugado siempre la Iglesia, la diócesis valenciana. De alguna manera, Valencia podemos considerarla sociedad o ciudad “cultural”. En su configuración

y en su idiosincrasia, la que ha tenido en el pasado, la que hemos recibido, la que se proyecta hacia el futuro, la iniciativa y el protagonismo eclesial han sido fundamentales. La diócesis debe estar muy presente en todo lo que se refiera a la cultura. Cuenta con un patrimonio histórico y cultural único y principal: Valencia, en su patrimonio cultural, histórico y artístico, es inconcebible sin la Iglesia, sin la fe católica, y sin el patrimonio histórico y cultural que esta fe ha aportado; sin ella, dejaría de ser Valencia y la aportación de Valencia a la cultura y a la historia sería de muchísimo menos relieve y significación. Sus monumentos tan emblemáticos, sus archivos tan ricos e importantes, sus instituciones, sus obras a lo largo de la historia han dejado una huella y una herencia que trasciende el lugar y el tiempo. No es algo que se remite solo al pasado, sino que está llamado a mostrar todo su vigor y su fuerza de actualidad y su capacidad para generar futuro. La Diócesis de Valencia tiene una grave responsabilidad hoy ante la Iglesia universal, ante España y ante la sociedad de Occidente y aun de Oriente. Por eso, una de las tareas que se abren para su camino es su renovada presencia en el campo de la cultura.

Suscitar perspectivas e iniciativas concretas, algunas ya en marcha, en el campo de la presencia y evangelización de la Iglesia en relación con la cultura

¿No habría que promover estudios de historia de la Iglesia y del cristianismo, en la Universidad Católica en unión con la Facultad de Teología san Vicente Ferrer?

Evangelizar a través del arte

80. Vemos también que hemos de evangelizar con nuestro riquísimo e importante patrimonio histórico-artístico; ese patrimonio no es solamente para contemplar como algo perteneciente al pasado, sino para hacerlo hablar hoy o para que el hombre de hoy, en sintonía con él, hable y exprese sus sentimientos más profundos que el arte expresa. Habrá que ver cómo llevamos a cabo esto, pero es sumamente necesario: la evangelización a través del arte es algo muy fundamental para la evangelización de la cultura. También habrá que propiciar iniciativas que, al igual que en otros momentos, hoy la fe se exprese a través del arte: de la pintura, de la escultura, de la música.

Pastoral Universitaria

81. Habrá que potenciar la pastoral universitaria, como elemento muy principal de la evangelización. Habremos de estar muy atentos a este ámbito de la pastoral, y algo o mucho tendremos que decir a este respecto en el Sínodo diocesano, que junto a la atención espiritual de alumnos y profesores universitarios a través de sus capellanías, fomente una pastoral del pensamiento, una atención a los profesores y al encuentro entre profesores, ponga en realidad viva el diálogo de la fe y de la razón sobre distintos temas y cuestiones y con el rigor universitario. Tengo una gran esperanza en esta pastoral y en los proyectos que se están gestando en este sentido. Hay que potenciar la presencia cristiana en la Universidad, no para violentar o manejar la Universidad sino para ofrecer lo que

desde la fe se puede aportar a la labor de la universidad, que, en sus orígenes, salió del “corazón de la Iglesia”. Habrá que, si nos lo permiten, elaborar convenios —con la Universidad Católica san Vicente Mártir, ya existe por su propia identidad—, con la Cardenal Herrera CEU, —por su identidad también existe de suyo—, y convendría actualizar lo que convenga, hacer convenios con las universidades, crear convenios, y ver cómo se puede dar una presencia de la enseñanza de la teología en las aulas universitarias en colaboración entre la Universidad y la Diócesis de Valencia.

La escuela católica y la presencia de la Iglesia en la enseñanza

82. Aunque sólo sea como referencia y recuerdo, también en este punto hay que tener en cuenta la presencia de la Iglesia en los Centros de Enseñanza, sobre todo la Escuela Católica, a la que es preciso atender, favorecer y potenciar. No podemos olvidar los 69 Colegios Diocesanos agrupados en la Fundación san Vicente Mártir y la muy buena relación existente con “Escuelas Católicas” y con algunas otras instituciones escolares privadas, así como con FECAPA. La pastoral educativa es una pastoral fundamental para una nueva evangelización, y estimo que debe tener entre nosotros todo el relieve y atención que se merece dado el alcance y el valor que entraña para la realización de hombres nuevos y de una humanidad nueva. El hecho del alto número existente de centros de esta enseñanza debería ser para nosotros un signo de Dios y una llamada suya para evangelizar, sin descuidar nuestra atención a las escuelas estatales. Como ya

dije antes, la pastoral educativa es una de las cuestiones que abordaremos en el Sínodo diocesano. Por lo demás como muchos conocen, se ha creado una Comisión Interdiocesana de trabajo, constituida por las diócesis valencianas de la Provincia Eclesiástica, con los Colegios y Universidades de la Iglesia y con las asociaciones católicas de padres y que llamamos de “Emergencia educativa” para abordar diversas e importantes iniciativas. Me permito llamar la atención sobre un aspecto que con frecuencia no lo tenemos suficientemente en cuenta: la presencia de los padres en la escuela, las asociaciones de padres, la vinculación de éstas dentro de FECAPA: es necesario potenciar todo este campo y alentar incluso, desde las parroquias, a los padres para que formen la asociación de padres católicos de alumnos tanto en la escuela privada como en la pública.

La Visita Pastoral a las parroquias

83. Aprovecho esta larga Carta Pastoral, para comunicar también a toda la diócesis que el próximo mes de noviembre reanudaremos, si Dios quiere, la Visita pastoral, a varios arciprestazgos ya programada. Os confieso que es grande la ilusión que tengo en reanudar la visita pastoral y no menor la esperanza que he puesto en ella, en la que tendré la dicha de compartir con las parroquias y comunidades que visite la fe, la esperanza y el amor con que Dios nos ha bendecido.

Es un don de Dios para mí, para los Obispos, el que, a través de la visita pastoral, os conozcamos más de cerca, estemos con vosotros, sintamos el aliento de vuestra fe, gocemos del

consuelo de vuestro amor y comprobemos la firmeza de vuestra esperanza. Os invito con esta carta a que consideréis la visita pastoral con los ojos de la fe, ante todo, como un acontecimiento de gracia que, de alguna manera, reproduce aquella singular visita por la cual Cristo, Jesús, Príncipe de los Pastores, ha visitado y redimido a su Pueblo.

Se trata de un acto de pastoreo, ciertamente privilegiado, por el que el Obispo, en nombre de Cristo, visita las diversas comunidades locales como maestro fiel de la verdad, sacerdote de los sagrados misterios y guía del pueblo santo a él confiado, para confortar a los discípulos y exhortarles a perseverar firmes en la fe y en la vida cristiana. Urgido por la caridad pastoral, iré a todos los lugares como Pastor de la porción del Pueblo de Dios que me ha sido encomendada. Iré, iremos, a vosotros, a vuestros pueblos donde os encontráis y vivís para compartir con vosotros, allí mismo, vuestras preocupaciones y vuestros problemas, vuestros proyectos y vuestros deseos, vuestros gozos y esperanzas, las ideas de vuestra mente y las vibraciones de vuestro corazón creyente, la palabra y el mensaje de la Verdad, la alegría común de la fe.

Con la Visita Pastoral, como Obispos vuestros y pastores de la Iglesia diocesana debemos y queremos acercarnos a todos los fieles, presbíteros y personas consagradas de la diócesis, como el Buen Pastor, y hacernos próximos a todas las comunidades para conocer a los fieles. A nosotros, obispos, encomendados, mostrar nuestra solicitud por todos, especialmente por los más necesitados de misericordia y aliento, escucharos y atenderos solícita y fraternalmente, hacer oír la voz del que es nuestro único Pastor, Jesucristo,

y, en su nombre, atraer a los dispersos y reunir a todos en la unidad, por el amor y el vínculo de la paz.

Debo y deseo vivamente acercarme, con la Visita Pastoral, a todos para ofrecerles en la fraternidad cristiana, la Palabra y la Gracia del Señor Jesús que a todos nos ha hecho hijos del Dios vivo. Quiero, sencillamente, estar con vosotros como el que sirve, escucharos y dialogar con vosotros, orar y celebrar juntos los misterios de nuestra fe que nos anima. Deseo exhortaros y alentaros en vuestros quehaceres y responsabilidades como miembros gozosos de la Iglesia y peregrinos llenos de esperanza en camino hacia el Reino de Dios, y animaros en vuestra fe y en la gozosa tarea de anunciar el Evangelio de Jesucristo en obras y palabras al hombre de hoy.

Como diría san Pablo escribiendo a los Romanos, mi ida o nuestra ida a las parroquias es, pues, “para confirmaros o mejor para consolarnos con vosotros por la mutua comunicación de la común fe”. Pido al Señor que bendiga la Visita Pastoral y los encuentros pastorales que tenga en las comunidades. Que a todos, a vosotros y a mí, a nosotros obispos, esta visita nos ayude a crecer en la fe y, animados por la caridad, a dar razón de la esperanza que nos anima. Rezad a Dios por los frutos de la Visita Pastoral e implorad la intercesión y la protección de nuestra Madre, la Santísima Virgen María, Madre de los Desamparados.

Impulsar una pastoral de la santidad

84. En estas reflexiones y reto no podemos olvidar que todo debe conducir a que alcancemos la vocación a la que

hemos sido llamados: la vocación a ser santos. Todo nuestro empeño, con el auxilio de la gracia de Dios —y nuestra confianza en esa ayuda de Dios, sin la que nada podemos— debe consistir en avivar esa vocación y en promover una pastoral de santidad. “Hacer hincapié en la santidad es más que nunca una urgencia pastoral” (NMI 30). La santidad, el compromiso por la santidad, don y tarea confiada por Dios a cada uno de nosotros y obra de su gracia con nosotros, “ha de dirigir toda la vida cristiana: ‘Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación’. Es un compromiso que no afecta sólo a algunos cristianos: ‘Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor’... Poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno, ‘¿quieres recibir el Bautismo?’, significa al mismo tiempo preguntarle, ‘¿quieres ser santo?’ Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: ‘Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto’ (Mt 5,45)” (NMI 30-31).

La santidad es obra de Dios, con la colaboración de nuestro esfuerzo personal. El papa Francisco nos dirigió y ofreció el pasado curso un texto, una carta apostólica, excelente, sobre la santidad con indicaciones muy sabias y concretas para la santidad, sobre nuestra vocación universal, que es donde

¡Levantaos, vamos!

se encuentra la renovación de la Iglesia y de la humanidad. Sólo una Iglesia de santos, evangelizará, hará una Iglesia renovada capaz de evangelizar y de renovar el mundo. Debemos estudiar y asimilar esta Carta del papa Francisco y deberá ser una de las cuestiones que remito a nuestro próximo Sínodo.

CUARTA PARTE. EL SÍNODO DIOCESANO

85. Por último, aunque haya estado presente a lo largo de esta Carta Pastoral, unas pocas palabras sobre el Sínodo diocesano. Como ya se ha indicado en otras ocasiones, el Sínodo se convocará por medio del Decreto correspondiente de inmediato en estos primeros días de octubre. Antes debe tratarse el tema en la reunión del Consejo del Presbiterio, y "oído" el Consejo diocesano del Presbiterio se hará la oportuna Convocatoria mediante Decreto. En tal decreto habrá que señalar, "oído" al Consejo diocesano del Presbiterio, las cosas necesarias sobre la naturaleza y misión de cualquier Sínodo y la finalidad y objetivos concretos que pretendemos con este Sínodo. También se elaborará en breve el Decreto de aprobación de los Estatutos de implantación y organización del Sínodo. En estos documentos deberían aparecer las Comisiones que trabajarán en el Sínodo diocesano y que estudiarán los temas que he indicado en esta Carta Pastoral, algunos de ellos agrupados en la temática en el contenido de estas Comisiones.

A diferencia de otros Sínodos, mucho del trabajo de parroquias y sacerdotes, renovación parroquial, evangelización... ya se ha tratado anteriormente en los Itinerarios de renovación y evangelización, en las reuniones del Reencuentro sacerdotal, en el Encuentro sobre Parroquia misionera...

Y acabo con las mismas palabras que comencé: "¡Levantaos, vamos!", con ilusión, ánimo y esperanza, dispuestos todos a trabajar, con fe y confianza plena y sin límites en Dios,

con sentido de verdadera sinodalidad, conscientes de que Dios quiere esta obra suya, invocando su ayuda, la de la Virgen María, Madre de Dios, Madre nuestra, Madre de los Desamparados, y con el apoyo que sabemos contamos de san Vicente Mártir, san Vicente Ferrer, santo Tomás de Villanueva, san Juan de Ribera, beato Ciriaco M^º Sancha, venerable José M^º García Lahiguera, nuestros santos arzobispos en los tiempos modernos.

Sinarcas, 28 de agosto de 2019

Fiesta de san Agustín

5º Aniversario de la publicación de mi nombramiento
como Arzobispo de Valencia

+ *Antonio, Card. Cañizares*
Arzobispo de Valencia

+ Antonio Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia

ORACIÓN POR EL SÍNODO

Dios, Padre bueno, Tú eres nuestro Dios, sólo, Tú, Señor, el único necesario, que nos has creado, redimido, y salvado, que en tu infinita misericordia has querido darte a conocer, revelarte en tu Hijo Jesucristo enviado al mundo para que tengamos vida eterna, míranos: en tus manos están nuestros afanes, nos guías y conduces siempre, y has suscitado ahora, para bien de tu Iglesia que peregrina en Valencia, para su renovación, santificación y fortalecimiento de su obra evangelizadora, un nuevo Sínodo Diocesano; con confianza de hijos en brazos de su madre, te pedimos que nos envíes tu Espíritu Santo, que nos guíe, conduzca e ilumine en nuestros trabajos sinodales conforme a tu voluntad y haga de esta Iglesia una Iglesia santa, evangelizada y evangelizadora, perseverante y consolidada en la fe viva y apostólica para entregar esa fe a los hombres, a los que no creen o están lejos de la Iglesia, o a los que tienen una fe débil y viven en la indiferencia y la atonía, o a los que la viven con gozo, con esperanza y ánimo misionero, que todos, sintiéndose acogidos en la Iglesia experimenten la alegría de la caridad evangélica que ha de extenderse singularmente a los más pobres y sea el signo visible de la comunidad diocesana que no excluye a nadie y cree en Ti.

Te lo pedimos por intercesión de nuestra siempre intercesora Mare de Déu, mareta nostra i dels Desamparats, y de los santos, Vicente Ferrer, evangelizador de Europa, de santo Tomás de Villanueva, nuestro santo Arzobispo en el siglo XVI que evangelizó a los pobres y renovó nuestra Iglesia

¡Levantaos, vamos!

en Valencia, predicó incansablemente el Evangelio, y de san Juan de Ribera, que tuvo en su centro la Eucaristía, la Sagrada Escritura y la formación e los sacerdotes y del resto de santos valencianos y valencianas, muchos de ellos mártires, testigos valientes y decididos de la fe en el mundo. Te lo pedimos, sobre todo, por la mediación única de tu Hijo Jesucristo que vive y reina contigo, y es Dios, en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

Amén